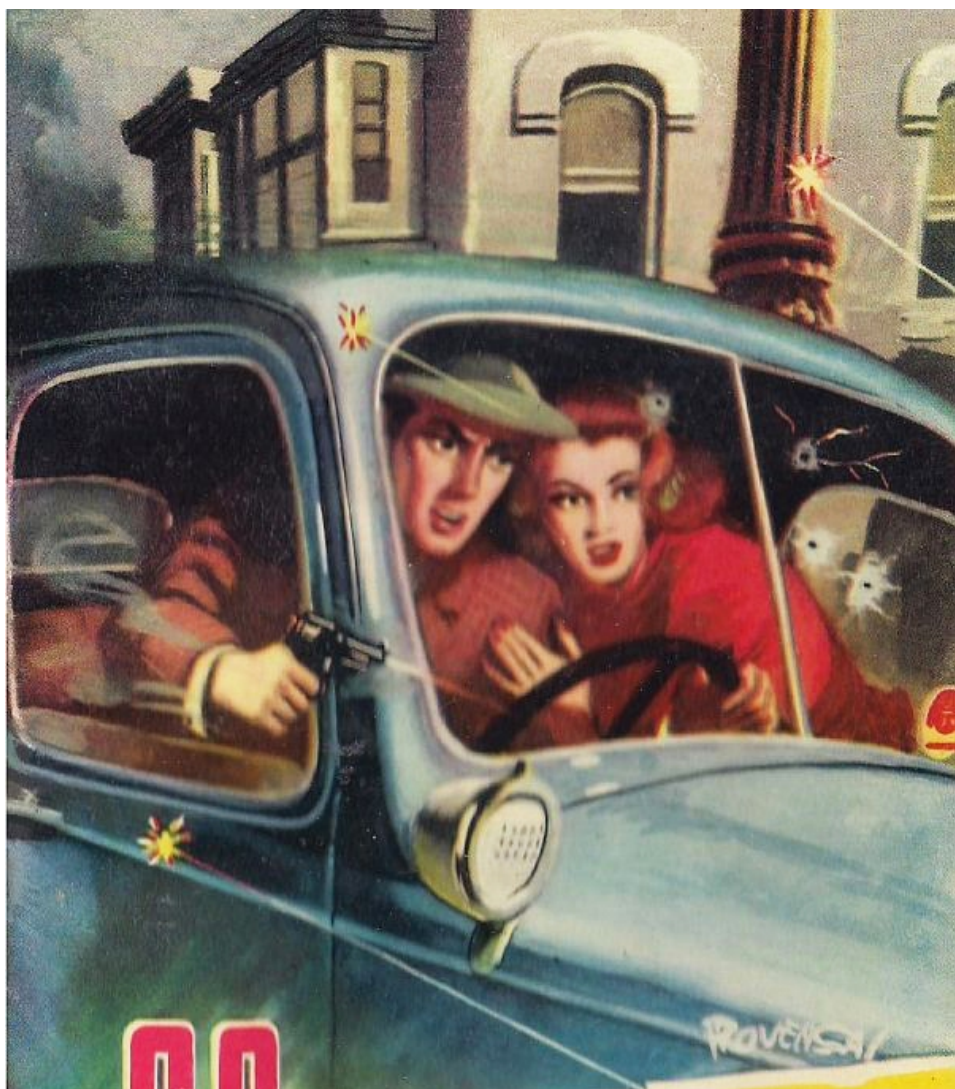




SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

EL CASO DEL CAIMAN *de*

Kirk Silverton, cuando no tenía ninguna investigación en curso, seguía ritualmente un horario. Abandonaba su despacho a las seis en punta de la tarde, atravesaba el Battersea Park, el puente del mismo nombre, y por Kings Road llegaba al café regido por una numerosa familia francesa.

A las seis y diez minutos, le servían el café con leche y las pastas especiales, que le recordaban momentos deliciosos, porque a cada instante surgía la alarma, y el riesgo era su constante compañero.

Más que una merienda, era un rito de evocación. En el año 1941, llevaba meses siendo un soldado de infantería, cuando cierta oficina, se interesó por aquel soldado, que sabía dos idiomas a la perfección: el francés y el alemán.

Dos idiomas que los había aprendido del mejor modo, tan naturalmente como se había desarrollado. El francés porque su madre había nacido en París, y luego se casó con un norteamericano, por lo que nació Kirk Silverton en Nueva York.



Peter Debry

El Caso del Caimán

Bolsilibros: Servicio Secreto - 114

ePub r1.0

jala y xico_weno 05.07.17

Título original: *El Caso del Caimán*
Peter Debry, 1952

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





PETER DEBRY

El Caso del Caiman

1ª Edición

SEPBRE, 1952

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)



CAPÍTULO PRIMERO

Kirk Silverton, cuando no tenía ninguna investigación en curso, seguía ritualmente un horario. Abandonaba su despacho a las seis en punta de la tarde, atravesaba el Battersea Park, el puente del mismo nombre, y por Kings Road llegaba al café regido por una numerosa familia francesa.

A las seis y diez minutos, le servían el café con leche y las pastas especiales, que le recordaban momentos deliciosos, porque a cada instante surgía la alarma, y el riesgo era su constante compañero.

Más que una merienda, era un rito de evocación. En el año 1941, llevaba meses siendo un soldado de infantería, cuando cierta oficina, se interesó por aquel soldado, que sabía dos idiomas a la perfección: el francés y el alemán.

Dos idiomas que los había aprendido del mejor modo, tan naturalmente como se había desarrollado. El francés porque su madre había nacido en París, y luego se casó con un norteamericano, por lo que nació Kirk Silverton en Nueva York.

El alemán lo aprendió con gran devoción, porque le era simpática la institutriz que durante cerca de cinco años, residió en el hogar de los Silverton. Cuando se marchó Elsa, Kirk sabía el idioma como si fuera el suyo propio.

Elsa Grasberg, se marchó de la casa, cuando Kirk Silverton sólo tenía trece años, y aunque era un muchacho sencillo, le costó mucho creer que había sido incompatibilidad racial entre la señora Silverton, «nee Georgette Dupont», y Elsa Grasberg, la causa de la brusca partida de la institutriz alemana.

Le costó creerlo, porque no veía la relación entre incompatibilidad racial, y la declaración de su madre a raíz de la marcha de la institutriz.

—«Todos los hombres son unos granujas, Kirk. Y me temo que tú serás aún más tunante que tu padre».

Kirk Silverton sufrió la inevitable epidemia de furia deportiva, dedicándose con enérgica decisión a la práctica de cuanto contribuyera a desarrollar sus músculos.

Hasta los dieciocho afectó un desdén de ser superior hacia Eva. Pero como esta actitud parecía constituir un desafío para ellas, Kirk Silverton sin proponérselo, acabó adquiriendo fama de «tunante».

Vino la guerra, y Kirk Silverton se alistó voluntario, porque en cada punto cardinal de la ciudad, pese a haber tomado sus precauciones, y elegir novias en barrios muy alejados, la situación se iba convirtiendo en muy comprometida... y prefirió enrolarse voluntario en un cuerpo mixto que iba a entrenarse en un campamento inglés.

Fueron cinco años inolvidables, tan nutridos de incidencias, que cada tarde, a las seis y diez, cuando a su olfato ascendía el olor de las pastas francesas, evocaba aquellos tiempos en que alternando como «Charles Norbert», y «Karl Münster»...

—¡Al teléfono, «monsieur» Kirk! —llamó la menuda filigrana de francesita que atendía la caja.

—Le ruego que venga inmediatamente, señor. Importantísimo —sonó en el auricular.

Cinthya Cheynard era además de muy guapa, muy inteligente, dos cualidades que Silverton estimaba contradictorias.

Si le decía que fuera inmediatamente porque era importantísimo, debería serlo realmente. Cinthya, pese a su ingenuo aspecto, no era impresionable, y sabía además, que de seis a siete, él no quería ser importunado en sus nostálgicas evocaciones del lustro 1941 — 46, una espléndida época para Silverton, si bien lo fuera calamitosa para otros millones de seres.

Silverton penetró en su despacho, por la puerta privada. Un ático excelente, que le había traspasado un pintor al emprender un largo viaje hacia el continente americano.

El despacho comunicaba a la derecha con un estudio, una alcoba y cuarto de baño. A la izquierda, con una antesala, donde Cinthya Cheynard, recibía las visitas y llamadas telefónicas.

La antesala tenía una puerta que abría sobre el último rellano de aquel edificio de tres pisos. En la puerta se leía:

«Agencia SILVERTON»
«Investigaciones»

Llamaba a Cinthya, para obtener una información preliminar, de las razones por las que juzgó «urgente e importantísimo» privarle de su hora de evocación.

Se abrió la puerta, apareció Cinthya... y tras ella, un individuo. Cinthya Cheynard tenía las mejillas como manzanas sazoadas, pero esto era natural. Tenía grandes ojos azules, que daban la impresión de que seguía creyendo en los cuentos de hadas.

Pero ahora sus ojos expresaban confusión, como si se excusara... Silverton miró al visitante. Un individuo de unos treinta años, de rostro decidido, que con irónica sonrisa, avanzó, y ocupando el sillón frente a Silverton, manifestó:

—Usted ha llamado a esta preciosidad de criatura, para que le informe de mi llegada, de mi presentación, etcétera, etcétera. Siéntese, por favor, señorita. Si lleva un block y un lápiz afilado por las dos puntas, será porque tiene la sana costumbre de tomar taquigráficamente cuantas idioteces aquí se hablen. Y antes de que usted indique que soy un fresco o algo parecido, amigo mío, le comunicaré que no lo soy en el presente momento. Tengo prisa.

En el

O. S. S.

calificaron a «Charles-Karl» como un cerebro que era una máquina de calcular, y dos ojos que valían por una «Leika».

Desde que el visitante apareció, Silverton, detallándolo rápidamente, había llegado a varias conclusiones aparentes: no era un vulgar y corriente personaje, tenía una fuerte personalidad, y... la ropa que vestía no era suya. Los pantalones de franela le sobraban por las caderas y le venían escasos en largura. La americana le apretaba en exceso en los hombros.

Cinthya se había sentado, como acostumbraba. A dos pasos, atrás, a un lado del sillón destinado al visitante, y procuraba mantener la vista fija en el block de notas.

—Tengo prisa. Una prisa relativa, si usted quiere. Iré por orden: Llegue aquí a las seis y cinco minutos. Esta linda señorita...

—Los bellos paisajes y las mujeres encantadoras no tienen apellido. Ella me indicó que estaba usted ausente, pero que con

verdadero interés, me escucharía. Una acogida fríamente cordial, de flexible distinción. Mi respuesta fue breve, y motivó que ella me señalara un sillón, indicándome que le telefonaría a usted a las seis y diez minutos. Telefoneó, y aquí está usted.

—Bien... Es usted tal como supuse. Veremos si sabe mantenerse flemático hasta el final. Bueno, lo que le dije a su secretaria, me demostró que olla es de calidad. Otra señorita, tal vez hubiera reaccionado en forma histérica, o me hubiera juzgado un imbécil. Le dije que el asunto que usted esperaba desde marzo de 1946, se había ya presentado. Nada más. ¿Dije algo más, femenino deleite?

El «femenino deleite» levantó la vista de su bloc, y mirando a Silverton informó, tratando de ser la imagen de la serenidad a prueba de toda sorpresa:

—El señor dijo textualmente: «Es de la máxima urgencia que Silverton sepa que aquí está el hombre que le trae la medicina que espera desde marzo de 1946». Se sentó el señor, y ya no volvió a hablar.

—Y por eso ahora, tengo que tomarme el desquite. Usted, Silverton, salió mucho en los periódicos, cuando terminó la última guerra. Le llamaban el «as de los agentes secretos», el «campeón de la aventura», y otras tonterías. Después leí que usted había decidido instalar una agencia de investigaciones. Me gusta mucho analizar, y cuando leo noticias en los periódicos, saco mis propias deducciones. En su caso, pensé que usted era uno más de los descentrados, de los desplazados. Un hombre que durante unos años vivió en constante riesgo, y se aburría. Y en su agencia investigadora, se habrá aburrido mucho. Y ahora vengo yo a traerle lo que le hace falta. Un riesgo y una buena dosis de misterio. El riesgo lo ignoro, pero tengo la corazonada de que lo habrá en abundancia. Hay dos cosas que me gustan en usted, Silverton. La primera que no es un vulgar detective, porque ni me ha preguntado cómo me llamo, ni de dónde vengo, ni a dónde voy. La segunda, que conversa usted magníficamente, porque se limita a escuchar. Y hay una cosa que no me gusta.

Apuntó con el índice hacia Cinthya Cheynard. Silverton, retrepado en su sillón, siguió escuchando.

—La mujer es la delicia que atormenta nuestra soledad, y es la flor espinosa que nos acompaña. No lo dude, Silverton. El mundo

anda como anda, por culpa de la mujer en general. Entre otras cosas, los periódicos afirmaron que usted era un verdadero Don Juan. Su mirada me agrada, Silverton. Demuestra paciencia, pero no resignación. Le dije que tenía prisa, y sin embargo estoy aquí charlando de cosas que al parecer son ajenas al caso y consumen su tiempo. Ni siquiera hemos hablado de honorarios. Y tengo el convencimiento de que si esta preciosidad quisiera hablar, emitiría un juicio al parecer razonable: diría que yo estoy loco.

—Discreta, ¿verdad? Bien, me gustaría saber su opinión personal, Silverton, sobre mis modales y mi conversación.

—Una voz rica en matices la suya, Silverton. Bien, yo soy un hombre muy atareado. Casi puedo decir que para poder venir aquí, tuve que emplear recursos heroicos. Usted no puede asombrarse ya de nada, Silverton, porque pasó unos años muy asombrosos. Abordo la cuestión que aquí me trae. Yo, personalmente, no puedo ocuparme del caso de una indescriptible Eva de clase superior. Se llama Diana Duncan, y reside momentáneamente en mi provisional residencia. Sírvasse anotarla bien, secretaria: Herford Sanatory.

Se oyó un chasquido. La punta del afilado lápiz acababa de romperse, y Cinthya Cheynard trató de dominar su nerviosismo.

—Un sanatorio excelente, Silverton. A escasa distancia de la capital. Un paisaje delicioso: verdaderamente apaciguador.

Kirk Silverton excusó el sobresalto de la secretaria: Herford Sanatory era un lugar famoso, destinado a hospedar enfermos mentales.

—No pretendo iniciar una conferencia sobre los diversos grados de demencia. Quiero recalcar que mi visita está desprovista de egoísmo, puesto que no vengo a hablar de mí, sino de un caso ajeno. Un interesantísimo asunto, Silverton, el de Diana Duncan. Yo no la conocía hasta que ingresó en el hospedaje de Herford, y pude charlar con ella, aisladamente. Me gustaría que me hiciera alguna pregunta. Silverton.

—En su casita de las afueras, dormía con la ventana abierta. Y durante varias noches, casi a la misma hora, hacia las once, se presentaba en el marco abierto, un caimán.

—Dije un caimán. No un cocodrilo. Hay una cierta diferencia. El cocodrilo tiene las mandíbulas mucho más largas. El caimán que llegaba hacia las once, por el jardín de la casita de campo de Diana

Duncan, se limitaba a mantenerse en pie unos instantes. Era un caimán con expresión de tristeza.

El visitante miró a la secretaria, cuyos visibles esfuerzos para contener la hilaridad, se revelaban en la contraída garganta.

—Aludí antes a que la mujer es la culpable de todos los males, desde que ocupa situaciones netamente varoniles en vez de cuidar de la casa de sus padres, hermanos o marido. Yo hablaría más confiadamente a solas con usted. Silverton. Me deleitaría que me devolviese a Herford, porque tengo que entregar este traje a las ocho menos cuarto, al camarero que dejé en paños interiores y bien amarrado. Lo han de relevar a las ocho, y creo que se callará para no arrojar descrédito sobre el establecimiento, y además, porque le coloqué un billete de veinte libras cerca de la oreja, insertándolo en la mordaza. Usted me podría llevar en su coche. Silverton.

—Atienda al teléfono, Cinthya. No tome iniciativas, y no se le ocurra telefonear a Herford. Hasta luego. Por aquí, señor.

Abrió Silverton la puerta particular, y el extraño cliente, dedicó una exquisita reverencia a la aturullada Cinthya Cheynard.

En el ascensor ambos se mantuvieron en silencio, y así siguieron hasta el corredor que conducía al garaje del edificio donde Silverton ocupó el volante del «Morris» de su propiedad.

A su lado, se sentó el desconocido. El empleado del garaje, abrió la puerta, dedicando a Silverton un respetuoso y admirativo saludo. Para él, el conductor del «Morris» era un genio de la aventura.

—Un coche estupendo, Silverton. En menos de quince minutos estaremos en Herford. Ya le diré allá, cuál es la tapia más segura para mi salto al interior. Me llamo Austin Barclay. El gusto es mío.

—Celebro conocerle, Barclay. He presenciado una excelente exhibición de rematada demencia pacífica. Mi secretaria jurará sobre el Evangelio, que usted está totalmente loco. Dígame: ¿qué particular empeño tiene en aparentar locura?

—En su despacho, y ante ella, era necesario. Ahora, puedo hablar en forma distinta. Hay cosas que aún no puedo decírselas, Silverton. He acudido a usted, como recurso único y adecuado. Usted es el hombre que puede resolver el problema de Diana Duncan, del que no puedo ocuparme.

El tono de Austin Barclay era ahora muy distinto. Ya no daba la impresión de un hombre burlándose de todo, sino de alguien

seriamente preocupado.

—Yo estoy en Herford como un asilado más, pendiente de otro asunto. No puedo ser más explícito, y créame que lo siento.

—Usted tiene un de clase superior. Le gusta el misterio y el riesgo, y hay también una fuerte cantidad en juego, para el que resuelva el misterio que envuelve a los dos Duncan.

—El resto, usted lo irá averiguando. Cuando yo salte la tapia del sanatorio, usted incrustese en el seso la idea de que apenas inicie investigaciones alrededor de Diana Duncan, entrara en un sendero que le recordará los tiempos en que andaba usted esquivando a la Gestapo. Pero oiga, la Gestapo de entonces, era una asociación benéfica, comparada con la asociación que acecha a los dos Duncan, y de la cual no conozco ningún miembro. ¿Se le ocurre algo, Silverton?

—Una posibilidad. Usted, sabiendo que Diana. Duncan podía acudir en busca de mis servicios, se anticipa, y se presenta como protector.

—No está mal —sonrió Austin Barclay—. ¿Ye como no le miento al afirmarle que cuanto se relaciona con los dos Duncan y el caimán triste está repleto de misterio? Yo vi perfectamente como su secretaria le miraba implorante, dándole a entender que no debía usted viajar a solas con un escapada del Herford. Ella, por lo visto, me calibró como peligroso.

—Y lo es usted, Barclay, si es que se llama Barclay. Yo le dejaré donde usted me diga. No tengo por qué hacer alusiones a su visita ni escapatoria. Me limitaré a informarme de quién es Diana Duncan. Tengo un periodista amigo mío, que es mi mejor auxiliar.

—Los periódicos citaron repetidamente al sensacional reporter Sam Levin, que en Francia, Suiza y Alemania, colaboró en su trabajo. Me interesó su personalidad, Silverton. Un yanqui que sucumbe al veneno europeo, y prefiere la decrepita Europa, a la nueva y pujante Yanquilandia. Que es licenciado, a petición propia, porque en marzo de 1946, ya no había riesgo en Berlín. Un hombre guapo, elegante, temible luchador, de proclamada inteligencia, y que sabe resistir todas las tentaciones. Bebe lo preciso, y no se embriaga ante la sonrisa de las más hechiceras. Yo creo que el único error que se le puede achacar, Silverton, es haber pensado en marzo de 1948, que la guerra había terminado, y que ya no le ofrecía

posibilidades la guerra de las tinieblas.

—Yo pertenecía al

O. S. S.

, como voluntario y mientras durase la contienda. Cuando Berlín se rindió, prolongué mi servicio, en el cargo de intérprete en interrogaciones. No me gustaba.

—Le comprendo. A usted le gustaba cazar el oso, o engañar al zorro, pero una vez cazados, le resultaba incómodo meterse en la jaula y pedir antecedentes al oso y al zorro. Yo creo que usted ya me ha retratado, «Leika-Silver».

—Y usted sabe que si yo le digo, que en este caso de los dos Duncan hay muchos osos y raposas interesados, no exagero. Me agradaría volverle a ver., vivo, Silverton. Cuídese bien.

—Yo prefiero bucear por mi cuenta, sin que me empujen para zambullirme. Es posible que ahora cuando se reintegre usted a su hospedaje le coloquen la camisa de fuerza.

—Es posible, aunque el guardián amordazado, preferirá quedarse con las veinte libras y no perder su empleo. Me consideran un simpático demente, al estilo de la vieja señora Hornimans, que está convencida de que es un paquete de té, y solicita de vez en cuando que le echen agua templada sobre la cabeza. Soy libre de andar por extenso parque, pero de cinco y media a ocho, cada cual ocupa un pabellón particular. Es un sanatorio caro y elegante. En cada pabellón hay un guardián muy amable. Hay dos guardianes para los considerados locos furiosos... como el capitán Laird Duncan. ¿No ha oído hablar del capitán Laird Duncan?

—Soy un indiscreto —sonrió Austin Barclay—. Y en cambio usted es la discreción personificada. Cuando vuelva a su despacho, y hable con Sam Levin, trate de inculcarle que en el laberinto del caso de los dos Duncan, estará bien el mudo que antes de apoyar la planta de su pie, tantea el suelo. Puede dejarme aquí, Silverton.

La carretera estaba flanqueada por espesa vegetación. A la derecha, entre arboleda, se nimbaba al reflejo de luces un gran edificio: el Sanatorio para enfermos mentales, de Herford.

—Su actitud ha sido la propia de su renombre. No ha hecho ninguna pregunta indiscreta. Realmente es usted como supuse: la imagen musculada y arrogante de la fuerza sosegada y reflexiva. Buena suerte, Kirk Silverton.

El presunto demente se internó por la arboleda. Kirk Silverton viró, y reemprendió el camino hacia Londres. Su rostro reflejaba, en efecto, la tranquila serenidad del hombre superdotado.

En cambio, Sam Levin, el periodista, era la fuerza agresiva, el cuerpo inquieto y la mente bullidora. Crespo el cabello, espesas cejas, redondo y chato el semblante, daba la sensación de que olfateaba dispuesto a morder.

Estaba sentado frente a la mesa del despacho particular. Un privilegio exclusivo de Sam Levin.

Existía entre ambos una recia amistad, honda, sin exteriorización.

—Cinthy me telefoneó a la redacción, donde por casualidad me encontraba oyendo las fétidas recriminaciones del patrón que está harto de la paz, y quiere guerra. Le he prometido que estoy dispuesto a alquilar asesinos artísticos, para proporcionarle reportajes de fuego y sangre. Corrígeme si me equivoco. Dice Cinthy que un sabroso loco te empleó como taxista. Pero que debe ser una locura aprovechable, ya que al salir le diste la contraseña de que «atendiera al teléfono», es decir, que me buscara.

—Un locódromo honorable. Nada de herederos internados a. La fuerza, ni médicos indecentes. Una institución perfectamente honorable. Prométeme que si algún día lo necesito, me llevarás a Herford. Estaré a la recíproca.

Duncan, Tercera pregunta: ¿te suena Austin Barclay?

Sam Levin, anexo al «Intelligence Service» durante la guerra, silbó entre dientes, y a la vez, castañeteó el pulgar y el dedo medio de su velluda zarpa izquierda.

—Me he ganado el aprobado, señor profesor. Austin Barclay pertenece a la anónima plantilla del «I. S.», donde lo consideran un hábil comediante, capaz de pasar inadvertido en el «Derby» de Epsom, si toma la salida sobre cuatro patas, disfrazado de pura sangre. Y le suponen también un duro de pelar. No me digas que el lunático que vino a hablarte de un caimán triste, es Austin Barclay.

—Si lo es, no lo sé, pero así me dijo llamarse, en el coche. Escucha, Sammy, vas a colocarte la cremallera especial de los casos excepcionales. La propia Cinthy, que siga creyendo en un loco escapado.

Sam Levin se cogió el labio inferior torciéndolo a un lado.

Equivalía a jurar silencio absoluto.

—Infórmate de las fechas de ingreso en Herford, de un capitán Laird Duncan, y una señorita Diana Duncan. Donde residían, y demás detalles posibles. Si te es asequible informarte del ingreso de Austin Barclay, procúrale. Pero no a lo periodista. No debe trascender. ¿Desayunamos juntos mañana por la mañana?

A solas, Silverton marcó un número de teléfono, correspondiente a una agencia de compra y venía de fincas rústicas. No contestaban. Buscó el domicilio particular de uno de los socios, al cual conocía.

—Quisiera comprobar si es cierto lo que, en el club, usted me afirmó. Me dijo que usted no tardaría ni una hora, en saber en qué rincón de toda Inglaterra poseía casa cualquier propietario. Que le bastaba tan sólo el nombre y apellido.

—Lo mantengo, amigo mío. Tengo un archivo único en el mundo, que es la base de mi organización. Es mi lectura predilecta. Por partida doble. En mi despacho y en mi casa.

—Magnífico. ¿Tardará una hora en decirme dónde residen los Duncan? Él se llama Laird, y ella Diana.

—La operación la efectuó la casa Reading, hace exactamente veintiocho días. Una granja para aficionados en las Colinas Chiltern, casi sobre el Támesis, en las cercanías de Dorchester. La granja miniatura fue adquirida por Diana Duncan, y lleva el apelativo de...

—Magnífico, Conway. Tiene usted una organización admirable. Iré a visitarle uno de estos días. Gracias y buenas noches.

—Rogándole conserve el secreto, sí. Voy en busca de un fantasma que se disfraza de caimán melancólico. Buenas noches.

En el «Morris», Silverton decidió que cenar en Dorchester, donde llegaría hacia las diez de la noche, sería doblemente gustoso, por lo típico de las hosterías de Dorchester y porque a ellas solían acudir plácidos bebedores de cerveza, muy amantes de conversar sobre rarezas.

Siguiendo el curso del Támesis hacia el Oeste, quedaron atrás Windsor, Eton y las poblaciones henchidas de historia de la región del Támesis. Pero al volante no estaba Silverton para extasiarse en contemplaciones.

No era supersticioso, ni tampoco fue tétrico el lenguaje de Barclay, y sin embargo, no podía evitar el ir adquiriendo la certidumbre sin fundamento razonable, de que en él pasaba algo.

Y disipar tinieblas era la droga que embriagaba a Silverton. El coche atravesaba las undosas colinas Chiltern, en sus estribaciones suaves hacia el Támesis.

Los faros iluminaron un cruce, cuya pancarta llevaba varios nombres. Frenó Silverton, para poder leer:

«DORCHESTER, 5 millas»
«CHILTERN HEAD, 3 millas»
«GRANJAS READING»

La casa Reading era la empresa inmobiliaria que veintiocho días antes vendió una de sus pequeñas construcciones a una escocesa llamada Diana Duncan, que ahora se encontraba en el sanatorio de Herford... donde también estaba un loco furioso llamado Laird Duncan.

Silverton viró a la derecha, internando el coche por la carretera de la «Urbanización Reading». Los faros iluminaban postes, cuyas pancartas denotaban que los propietarios de las diminutas granjas para aficionados, tenían imaginación al bautizar sus posesiones.

La carretera iba descendiendo hacia el río, y a cada lado, parcelas de idéntica extensión, con arbustos encuadrando un *cottage* y a corta distancia un caserón-establo.

Todos iguales en su construcción y disposición. El poste que decía «Lowland», tenía, como los demás, un buzón.

Detuvo Silverton su coche, apeándose para recorrer el seto, hasta la pequeña empalizada que daba acceso a una alameda.

Una alameda que iba a recordar después, porque plasmaba la frase de cierto oficial alemán agonizante:

Los guijarros debían formar parte del pintoresquismo. Los rosales proclamaban falta de cuidado.

Había una quietud absoluta. Una noche de primavera sin brisa, precursora de los calores veraniegos. Y precursora de una fugaz tormenta, que no presentía Silverton cuando llegó frente a la oscura y solitaria casita.

Una galería techada, se anteponía a la fachada, en cuya puerta central tanteó Silverton.

No sabía por qué, pero quería ver la alcoba desde la que una escocesa afirmaba haber visto varias noches hacia las once... un

caimán en pie mirándola con expresión amenazadora.

Un absurdo que para cualquier otro hombre, justificaba la estancia prolongada de Diana Duncan en un manicomio.

La puerta se abrió, porque el cortaplumas de Silverton poseía varias delgadas láminas de acero recortadas muy científicamente, por un maestro cerrajero.

Tanteó hasta hallar un interruptor. Lo tocó, pero no encendió. La luz transparentándose por las cortinas de las ventanas, podría llamar la atención a algún vecino que se dirigiera a su casa.

Oía un tenue deslizar, como de un cuerpo pesado arrastrándose por el suelo, reptando... como un grueso lagarto.

Su imaginación le jugó una mala faena, porque la absurda idea del caimán triste, le impidió que sus reflejos actuaran con su habitual rapidez.

Desde el suelo, dos brazos atenazaron sus piernas, mientras en su costado recibía un fuerte golpe, y a la vez algo pesado se desplomaba sobre su nuca.

Reaccionó doblando las rodillas, para proyectar un puño contra la cabeza del hombre que en la oscuridad había se arrastrado por el suelo, hasta cogerle las piernas.

Emitió un ronco gemido, porque un puño preciso acababa de aplicarle un demoledor impacto en el plexo solar, y su tercer atacante en la sombra, repetía el porrazo en su nuca.

Quedó arrodillado, encogido... Un puntapié le derribó de costado, alcanzándole el flanco izquierdo.

Quedó boca abajo, revolcándose inconsciente, pero con un último reflejo tardío. Evitar que los tres que le propinaban la silenciosa y brutal paliza, Le remataran con puntapiés en el pecho y cara.

En la neblina de sus pensamientos, Silverton tuvo tiempo aun de advertir que sus silenciosos agresores eran «profesionales», que pegaban con ciencia, y a los que el factor sorpresa, había favorecido.

Era inútil intentar nada. Si volvía a levantarse, le machacarían los tres que al frente, a un costado y detrás, le sumieron en las densas tinieblas del desmayo.

CAPÍTULO II

Sentía náuseas y la cabeza le daba vueltas, como si todo, suelo, techo y paredes, navegaran sobre oleaje encrespado. Había ya recuperado el sentido, pero continuó con los músculos relajados, prolongando su aparente inconsciencia.

Un foco de luz, procedente de una linterna eléctrica, le iluminaba desde el lado izquierdo.

—Lo que pensó «ella». Un fisgón que olió asunto en esto. Pero va a quedar escarmentado.

—Creo que ya está recobrando las entendederas, «maestro» —decía otra voz, que procedía del que mantenía la linterna enfocada.

El modo de hablar era identificable. Puro «cockney» de los Docks. ¿Qué hacían en aquella casa, tres matones del puerto de Londres?

—¡Eh, tú! Vete escuchando, y mejor que no te muevas, o repetiremos la sesión —habló la voz a espaldas del tendido de bruces—. Por tus papeles, tienes licencia de «Scotland Yard», para meterte en asuntos ajenos. Te llamas Kirk Silverton, y si quieres seguir disfrutando de salud, olvídate por completo de los Duncan. Y ahora, vas a ser buen chico. ¿Me oyes? Basta que levantes una mano.

Casi adivinó.

Un puntapié le dio de lleno en la palma. Uno de los tres rió... Todo en tinieblas, y sólo aquel foco de linterna sobre su perfil.

—Bien, ya sabemos que me oyes. No hagas el travieso, Silverton. Vas a contestar con la verdad, sólo la verdad, y toda la verdad. No me digas que has entrado en la casa, por error. Te vimos bajar del coche y examinar los alrededores. ¿A qué has venido?

—Me extrañó... las dos locuras seguidas, y como no tenía

ningún caso entre manos, decidí venir a esta casa, antes de preguntar por los alrededores... pero, ya va bien. Ya va bien, muchachos... Dejadme salir como estoy, sin darme otra paliza, y os juro que me alejaré de todo cuanto huela a Duncan.

Una mano descendió, cogiendo por los cabellos a Silverton. Éste meditó que le era fácil aferrar la muñeca del que le estaba sacudiendo la cabeza asida por los cabellos, y voltearlo...

Pero inmediatamente la porra, de goma, clásica de los matones de los Docks, le daría en la nuca, y al otro lado, un zapato se hincaría en sus costillas.

Abiertos los ojos, amortiguó, tensando los músculos del cuello, el choque de su cara contra el suelo, al soltarle la mano el cabello.

—Si vuelves a meter tus narices en nada que huela a Duncan, como has dicho, te haremos trizas, ¿te enteras, aborto de polizone? Ya vas bien servido, y tardarás unas horas en ponerte en pie.

Un pie chocó de nuevo contra el flanco izquierdo de Silverton, mientras la porra de goma golpeaba otra vez su nuca, y un puñetazo le hacía crujir la mandíbula derecha.

Volvió a sumergirse en las más intensas tinieblas, y lo último que percibió fue el susurro de los pasos, alejándose.

No supo que pasó media hora antes de que tuviera percepción de que sus dos manos abiertas tocaban suelo liso y frío.

Al volver completamente en sí, le pareció que subía desde el fondo del mar. Tardaba en recordar. Trató de moverse, y el esfuerzo le produjo una serie de dolores en la nuca, las sienes, el estómago...

Se alzó un poco sobre las rodillas, y sudando de dolor, logró reunir la suficiente fuerza de voluntad para arrastrarse hacia la puerta.

Seguía todo en tinieblas. Apoyando la mano en la pared, tardó bastante en encontrar el interruptor. Comprendía que todas las cortinas estaban echadas, y cerradas las contraventanas.

Se quedó sentado contra la pared. La luz iluminaba aquel vestíbulo en que recibió la paliza, como primer paso de su inicio de investigación del «caso Duncan».

Era un vestíbulo grande y amueblado rústicamente. Estaba ansiando beber agua, sentirla correr por su cara.

Tardó unos minutos en ponerse en pie. Había recibido otras palizas, y siempre las había devuelto más tarde o más temprano...

Atravesó el vestíbulo-salón, y a la izquierda al fondo, empujó una puerta. Tanteó hasta encontrar otro interruptor. Era una alcoba muy femenina, caprichosa, agradable de ver.

Una puerta de cristal opaco, abría a un cuarto de baño, precioso. El blanco y el azul jugaban armoniosamente sus colores.

Pero al abrir el grifo brotó un ruidoso chorro, bajo el cual colocó la nuca. Permaneció así, minutos largos, agarrado al frío borde del lavabo.

Sentía espasmos de náuseas, porque la paliza había sido precisa y bien medida. Apenas diez golpes, pero dados perfectamente.

Cerró el grifo, y chorreante se enderezó. Un poco azulado el borde de la hinchada mandíbula... Los ojos cerrados de rojo, pero esto se pasaba pronto.

El espejo le devolvía la mirada colérica. Y Silverton trató de sonreír, mientras iba desnudándose.

Se colocó bajo la ducha, y frotándose suavemente las doloridas costillas, y el estómago, dejó con deleite que resbalara el chorro por su nuca.

—Nadie pudo avisarles, porque nadie sabía que iba yo a venir aquí. Ni yo mismo pensé venir aquí, hasta no haber hablado con los provincianos bebedores de cerveza de Dorchester. Se han ido... o a lo mejor piensan volver... Me gustaría, ¡Dios, lo que me gustaría! No me iban a pillar de sorpresa, a obscuras, y pensando en ese maldito caimán triste.

Cerró, y frotándose con las manos, buscó una toalla. Había un armario, pero estaba cerrado, y no quería emplear la ganzúa. Iría a Dorchester...

—A lo mejor se han llevado mi coche. No... Sería un robo peligroso. Además, si estaban aquí, no vinieron a pie. ¿Conque no te metas en lo que no te importa, eh? Olvídalo, ¿eh? Y te llamó «aborto de polizonte»...

Se sentía mejor, pero necesitaba urgentemente un largo sorbo de coñac, y comida fresca y ligera. Se le pasarían los calambres de estómago.

Terminó de vestirse. Ya que estaba en la casa, podía registrar, Mas abandonó su idea. Era absurdo pensar que la asociación de que habló Austin Barclay, y que estaba interesada en los pasos de los Duncan, hubiera dejado nada sin registrar.

Miró su reloj. El cristal inastillable, tenía dos rayas... Seguramente el taconazo dio de refilón. Pero funcionaba. Marcaba las once... Gruñó.

Apagando las luces del cuarto de baño y alcoba, regresó al vestíbulo. Estaba convencido de que si surgía alguien, no descansaría hasta desfogarse por completo, volteándolo, aplicándole toda clase de golpes y...

Se quedó inmóvil, mirando a la persona que ocupaba el sofá al fondo derecho del vestíbulo-salón.

Era un entendedor en mujeres de todas las categorías. Pero aquella mujer era de la categoría «non plus ultra».

Cabellos color de miel, ondulados en suave cascada hasta reposar sobre los desnudos hombros. Un vestido de noche de color grana, moldeaba un cuerpo de curvas fantásticamente estremecedoras.

Las bien arqueadas cejas, complementaban la mirada de interrogación de unos ojos demasiado azules. El rostro era muy blanco, destacando mucho más la línea roja y carnosa de los labios. Una naricita casi exageradamente diminuta, daba al conjunto del semblante, una expresión de infantil terquedad.

Kirk Silverton vino a apoyarse en el respaldo del sillón, frente al sofá. Sus grises ojos debieron ser muy elocuentes, porque la desconocida, bajó un poco el borde de la falda, en alto por las cruzadas piernas, prodigiosamente modeladas.

No lo podía remediar. En otras ocasiones, casi perseguido a tiros, la visión de una guapa aldeana francesa, le hacía olvidarse de todo lo demás.

—Creo que no hemos sido presentados todavía. Me llamo Kirk Silverton, rendidísimo de admiración.

Una voz rica en matices, aterciopelada. Aquella mujer era una acaparadora de perfecciones, pensó Silverton.

—Esto he dicho. Oí funcionar la ducha, y esperó. Lo lamento, señor Silverton, pero debo advertirle que además de llevar una automática en mi bolso, hay dos hombres enérgicos y decididos, en la galería, exterior.

Predispone a decir grandes verdades. La primera, que es usted el sueño del más imaginativo poeta. La segunda, que me era forzoso ducharme. La tercera, que si usted se Dama Diana Duncan, aquí hay

algo que no encaja con el rompecabezas.

—Esta tarde yo la ignoraba, Diana. En el club de aburridos solterones que frecuento estaba a punto de dormitar en el sillón, cuando oí algo graciosísimo. Me desperté... Comprenderá que pocas veces se tiene ocasión de oír hablar de un caimán que anda de pie, y mira con tristeza.

—Sí, un bicho repulsivo. El morro menos largo que los cocodrilos. Y es verdad, que suelen tener la mirada triste, como las personas que padecen malas digestiones. Bien, un socio hablaba de que un médico amigo suyo, del sanatorio de Herford, citaba como curioso el caso de una preciosa y espléndida criatura, Diana Duncan, que ingresó porque cada noche, hacia las once, veía en el marco de la ventana de su alcoba, la cabeza de un caimán, mirándola con gran melancolía. Yo me dispuse a dormir de nuevo, porque de locuras raras lleno está el mundo, pero el compañero añadió que en el mismo sanatorio había ingresado anteriormente el capitán Laird Duncan, con locura algo furiosa. Lo siento.

—No tiene por qué —dijo ella, con dureza—. Mi pobre padre no necesita lástimas de indiferentes.

—De acuerdo. Yo salí del club dispuesto a darme un paseo, pero hacia la hora de cenar me entró una repentina curiosidad. ¿Qué diablos pasaba en casa de los Duncan que...?

—Debí empezar por confesarle, que soy agente investigador, de orden privado. Hoy no tenía nada pendiente, y me aburría. Telefoneé a un amigo, que es vendedor de fincas, y presume con razón, de llevar al minuto cualquier compra o venta que se verifique de ladrillos superpuestos en cualquier anchura y altura. Me dio esta dirección, y yo pensé que podría cenar en Dorchester. Pero por desgracia, en un aspecto —y se tocó la barbilla— y por suerte en otro, ya que la estoy admirando con embeleso, se me ocurrió antes de ir a tantear el comadreo de tabernas, que podía echar un vistazo a «Lowland». Como si dijéramos, una exploración ambiental.

—Verá como terminaremos buenos amigos. Llegué hasta el poste, bajé del coche, atravesó un sendero profético, porque había guijarros, y empleé mi surtido de llaves. Puede usted hacerme detener por allanamiento de morada. Entré, y oí algo deslizarse por el suelo. Tuve la debilidad de pensar en un caimán, y era un

hombre que me agarró las piernas, mientras otro me daba con una porra en la nuca, y un tercero empleaba el puño y el pie, con gran ciencia. Resultado... Lo puede apreciar por mi aspecto de mareado...

—Creí en efecto, que estaba usted borracho. ¿Pretende hacerme creer que al entrar, aquí había tres hombres esperando, que le dieron golpes?

—Me gustaría ser un gran embustero, pero desgraciadamente me duelen las costillas, los dientes, las sienes, aunque voy rehaciéndome debido al céfiro balsámico de su presencia inesperada.

—No le falta a usted frescura, amigo mío... Califica de inesperada mi presencia, ¿en mi casa!

Herford. ¿Ya le perdió el respeto al caimán, Diana?

—Bien. Lo que siguió, fue un aumento de tinieblas. Todo eso estaba a oscuras. Desperté, de perfil sobre el suelo. Una linterna me enfocaba. No pude ver ni identificar a los tres simpáticos cerdos cochinos marranos... Perdón, es usted una señorita, ¿no?

—Daría dos años de vida por un cigarrillo y una copa de coñac, Diana. Me aplastaron el paquete de un taconazo. Y en cuanto a bebida estimulante, debería llevar siempre un frasco metálico encima.

—Uno de los tres que estaba a mis espaldas, había leído mi licencia, ésta, que puede usted examinar, porque es legal y con foto incrustada por «Scotland», y me dijo que me apartara de todo lo que oliera a Duncan, porque si no me olvidaba de todo esto, me harían trizas y picadillo. Que la paliza era sólo un anticipo.

—Parece usted sincero. ¿Cómo explica la presencia de tres hombres que al yo entrar no estaban aquí?

—No lo sé. Estaban y esperaban. Me agarraron en la obscuridad, como lapas con martillo, y esto es cuanto sé, porque después de avisarme que me harían pedacitos si volvía a meterme donde no me importaba, me obsequiaron con otro golpe de matraca, un puntapié y un puñetazo. Los doy por bienvenidos, ya que así he tenido el gran disgusto de conocerla.

—Nunca traté un detective particular, y por lo que puedo juzgar por usted, alardean de sinvergüenzas y entrometidos. ¿Sabe que podría coger el teléfono y avisar a la policía oficial?

—No son policías, sino... enfermeros. —Y pestañeó ella, confusa por primera vez en La entrevista.

—Yo me recluí voluntariamente en Herford para estar cerca de mi padre, y ver si había experimentado mejoría. Tuve... lo que llaman los alienistas, obsesiones alucinatorias, porque durante tres noches seguidas, hacia las once, vi... ¿Por qué se ríe, Silverton?

—La primera noche, usted dormía con la ventana abierta, y ve un caimán. Chilla, se emboza bajo las sábanas, y el caimán, como en la canción, se va, porque si se hubiera quedado, no estaría usted viva. ¿La segunda noche, por qué dejó abierta la ventana?

—Porque... quería asegurarme de que no era pesadilla. ¡Oiga! ¿Con qué derecho me interroga?

—Con ninguno, y por eso usted me contesta, Diana. Y esta noche, decidió usted volver en compañía de dos mozos forzudos, y en vez de un caimán, a las once aparecí yo, recién duchado.

—Siempre me ha extrañado comprobar que los puñetazos o puntapiés en los costados, producen calambres en el estómago. Y ya que no hay coñac ni tabaco, iré a Dochester.

—Tengo la sensación de que usted nunca ha estado débil. Escuche, Silverton: usted recibirá un pago por sus investigaciones, ¿no?

—Tengo la mala costumbre de comer, y los que me alimentan, tienen la peor costumbre de querer cobrar.

—Usted afirma entonces que fue la curiosidad, después de oír una charla en su club, la que le hizo visitar mi casa.

—Quiero decir que verla una vez, incapacita para mirar a las demás mujeres. Con su permiso, Diana, ¿puedo ir a Dorchester a beber y tratar de masticar? Le pido excusas por haber entrado aquí, y mañana por la mañana estaré en forma, para visitarla o recibir su visita. Estoy convencido de que usted no necesita dos loqueros, sino un hombre como yo. Comprenda que eso del caimán triste, me tiene intrigadísimo. Y usted es valiente, decidida y no padece alucinaciones.

—Una muchacha histérica, la segunda noche no abre su ventana, salvo tener a mano una ametralladora. Por cierto, si me recibió usted con una pistola en el bolso, ¿por qué no intentó cazar el caimán?

—Usted va ahora a Dorchester, y seguramente preguntará a los

borrachos qué opinan del capitán Laird Duncan. Yo se lo diré. Ellos no conocen al capitán Duncan. Y en cuanto a mí, sólo podrán decirte que soy aficionada a la fotografía artística, que es mi profesión. Nada más, le podrán decir.

—Entonces, no iré a Dorchester. Hacia Londres, en cualquier pueblo del río, me repondré de tabaco y me administraré un tónico energético. Y oiga, Diana: ¿usted andaba por el sanatorio con vestido de noche?

—Llevé allí parte de mi equipaje. Esta noche a las nueve, cené en el

«Regent's

», y después en mi coche vine aquí. No vi a los tres hombres que usted cita. Sólo un «Morris»... Los dos enfermeros querían sacarle de la ducha, pero les pedí que permanecieran fuera.

—Muy sensato. El caimán se baña en el fango, pero no se ducha en el estuche de una preciosa soltera.

—Viuda, si le es igual. Y ahora, Kirk Silverton, creo que ya hemos hablado bastante.

—Porque desde que apareció ante mí, vi en sus ojos luz enemiga, cuyos destellos continúan acuchillándome.

—Partí de la base de que no teniendo yo amistades que empleen mi cuarto de baño, sólo podía hacerlo alguien cuyos fines no eran claros en modo alguno.

—También he pensado que ningún organismo oficial ha hablado de los Duncan, ni de caimanes. Es extraño... ¿por qué no les contó a los de Scotland lo de su caimán? ¿Y qué extraño sanatorio es ése?, del que sale usted llevando una pistola y con dos loqueros.

—Le agradeceré llame enfermeros a los dos acompañantes, cuya misión es capturar al lunático que por las noches se dedica a asustar mujeres solas.

—Correspondo. Yo le he explicado los motivos de mi intrusión, y le presenté excusas, cuando en realidad debería dárme las.

—Si no se llamara usted Duncan, ni yo fuera por naturaleza, profesión y vicio, extremadamente curioso, no me habrían dado una paliza y prometido otras mayores. Estoy muy fatigado, señorita Duncan. ¿Me consiente le desee buenas noches sin caimán?

En la galería, dos individuos de recia contextura, se interpusieron en el, camino hacia la alameda. Uno de ellos dijo:

—Perdone un momento, señor. Mi compañero debe preguntar a la señorita Duncan si...

No se giró Silverton, yendo hacia la empalizada, y poco después comprobaba que nadie había registrado los bolsines de su coche.

Puso en marcha, y condujo con una mano hacia la carretera general. Había sacado un paquete de cigarrillos, encendiendo uno con voluptuosidad.

Desenroscó el vaso metálico, y bebió un largo sorbo de añejo Curvoisier. Se sentía ya mucho mejor.

El «Morris» penetró en la carretera general, y emprendió camino hacia Londres, por la pintoresca ribera del Támesis.

—De seis a siete, te anuncia Barclay que en Herford está recluida Diana Duncan, la que sueña con caimanes. A las ocho has dejado a Barclay, y averiguas la dirección de Diana Duncan. A las diez, tres «cockney» le machacan sabiamente, y uno de ellos, dice textualmente: «Lo que pensó ella». ¿Ella? A las once, Diana Duncan también te espera, y está hostil, casi mirándote con odio. Mañana por la mañana, encajarás estas piezas. Ahora, una cena ligera y la blanda cama.

Pero ahora le era imposible. ¿Cuál era la locura del capitán Duncan? ¿Por qué su hija fingía ver caimanes? ¿Por qué un agente del «Intelligence», capacitado, insensible, profetizaba trágicas sorpresas en el caso de los Duncan?

—Todas las mujeres son incomprensibles, pero Diana es aún peor. Ve con cuidado, Kirk. Te aconsejo que cuides mucho tus palabras al hablar con ella. De momento, te apuesto dos a uno, que mañana te llama... o te envía un sondeador. ¿Por qué no quiere que se ocupen de los Duncan? ¿Por qué no avisó a la policía? Creo que Barclay tenía razón: empieza a ponerse la cosa interesante. Un loco furioso, una hija enigmática, tres matones esperándome a mí, o a cualquier curioso... La cremallera, Kirk.

Era la expresión que servía para recomendar silencio a Sam Levin, y empezar la relajación mental, dedicándose a pensar en vacío. Pero surgía constantemente la sinuosa y espléndida criatura llamada Diana Duncan.

Que continuó instalada en su mente, hasta que, molido, penetró en el sueño reparador.

CAPÍTULO III

Los melódicos sonos de una vieja canción de Gales, repicaron con creciente intensidad, pasando del suave inicio casi apagado, basta marciales y agudos toques, como clarinetazos.

Kirk Silverton extendió la mano, y bostezando pareció aplastar el despertador musical, que marcaba las siete y media. Fue a mirarse al espejo.

Duchado, afeitado y vestido, pasó a su despacho, donde el aparador abierto, mostraba la tetera en ebullición, y la parrilla tostando rebanadas.

—Buenos días —saludó Cinthya Cheynard—. Tengo el informe completo referente a los Duncan.

—Hola, campeón —saludó el reporter—. Una mañana deliciosa. No hay sitio como en Londres para que la primavera huela a gloria.

Se dirigió al aparador, se sirvió una taza, y untó mantequilla y mermelada a su modo. Amontonaba tres tostadas, y dejaba caer en la primera un chorro copioso de mermelada, habiendo dejado entre la segunda y tercera, para que se fundiera, una ración enorme de mantequilla. Reunió las tres, y las devoró.

—Verte comer da asco, Sammy. Mueves las mandíbulas a todos lados como si fueran de goma.

Sam Levin siguió masticando imperturbable, y al terminar empezó a sorber la taza, sentándose ante Silverton.

—Parece como si hubieras pasado La noche cazando mosquitos, Kirk. La nuca colorada de los manotazos... No deberías pegarte en la mandíbula, tan fuerte para aplastar estos bichitos.

—Te parecerá absurdo lo que voy a decirte, Sammy, pero antes de veinticuatro horas necesito encontrar un sujeto de malos modales, voz grasosa, matón de profesión o afición, con un tatuaje

en La mano derecha en forma de timón, y que debe seguramente merodear por los Docks. No me digas que es como buscar una aguja en el pajar. Ya sé que marinos tatuados, abundan. Pero este...

—Se llama John Bailey, treinta y dos años, soltero, dueño de un «taxi» «Symca» matrícula YXA-147

, parada en Stepney, Commercial Road. Come y duerme en Commercial Road, 87, bajos, trastienda de un infame tabernucho.

—La ingratitud humana es infinitamente destructora y corrosiva. Bien, el caso es que envié a Cinthya. Ella tenía mejores dotes para tal cometido.

—Te seguí, porque me despepitan los asuntos en que andan locos y caimanes. Te seguía a regular distancia, y aparqué el coche en un sendero lateral. Cuando llegué estabas en el suelo, y te vi porque una linterna te enfocaba. Mi corazón latió apenado, pero mi cerebro recordó la bronca que me echaste la vez que intervine en un momento algo parecido, reprochándome que debía haber seguido a los que te dejaron amarrado, y que escaparon al yo entrar como caballero romántico que... Ya voy, jefe. Como vi que no querían acabar con tu preciosa existencia, corrí hacia el «taxi» que estaba parado a un centenar de metros. Pensé meterme en el portaequipajes, pero resultaba escaso. Me limité a anotar la matrícula, y detalles, y les dejé marcharse, hasta darles caza en la general, y les seguí hasta que se detuvieron en Commercial Road, 87. Gracias, jefe. No hay de qué. Yo soy así. Rápido y eficiente.

—A veces, me molesta reconocer que te soporto porque te suena la flauta de año en año. Como prueba de mi gratitud, te tolero termines con las tostadas y mantequilla.

Silverton tocó un timbre bajo el reborde de su mesa, y apareció Cinthya Cheynard con su libreta de~ notas.

A solas los tres, variaba el estilo ceremonioso, adoptado ante los posibles clientes. No en vano, ellos tres habían formado una asociación años antes, en situación muy comprometida.

—Tiene veinticinco años, nació en Edimburgo, se marchó a los dieciocho de Escocia, casándose en Irlanda, y enviudó hará unos tres años. Ha viajado por Noruega, Suecia, Dinamarca, el Tirol, Italia y Francia. Vende a revistas, sus fotografías artísticas, que tienen mucha aceptación. Hace aproximadamente un mes, adquirió

una casita en las Chiltern, cerca de...

—Procedía de Francia. Y hace siete días ingresó en el sanatorio, pero voluntariamente, hablando de sus alucinaciones, y para estar cerca de su padre. Obtuve los informes de una enfermera, quien añadió que Diana Duncan dejó el sanatorio ayer mismo, acompañada de dos enfermeros, porque le fue recomendado que luchase contra la alucinación yendo a dormir en su casa.

—Al parecer bebía mucho, pero lo aguantaba bien, hasta que el día 15 de abril último, su primer piloto alertó a un médico de Nairn, diciéndole que el capitán Duncan había sufrido el primer ataque, abandonando el barco, y pegando a todo el que se interponía en su camino. Pero se apaciguó, volviendo al día siguiente al barco, donde le repitió el ataque, el 21 de abril. Intervino de nuevo el primer piloto llamado Erskine, avisando a un médico amigo, el cual recomendó a Duncan que se pusiera en tratamiento de desintoxicación, consejo que no aceptó Duncan. Volvió al barco, y tres días después, el 24 del mismo mes, desapareció durante días, hasta que el 30, lo encontraron desmayado, y con señales de haber recibido golpes, en una carretera, al Norte de Londres. Lo llevaron al sanatorio de Herford, porque al interrogarle, vieron que estaba loco, y era peligroso. Desde Herford, el director, telegrafió a Diana Duncan, que vino de Francia.

—Durante días y noches, es como un chico dócil, y de pronto, se convierte en un energúmeno. Dicen que es lo habitual en los enfermos de su clase.

—Ingresó al día siguiente del capitán Duncan, y ocupa el pabellón vecino. Es considerado un lunático agradable, de pequeñas manías casi graciosas, aunque a veces intenta escaparse muy torpemente.

—Salvo ayer, que escapó muy hábilmente. Bien, creo que de momento tenemos una idea superficial del asunto. No te vendría mal un paseo hasta Firth Moray, Sammy. Allí, el piloto Erskine tal vez fuera un buen manantial de información. Vete allí, y Cinthya o yo nos asomaremos por Firth Moray pronto. No comuniques tu alojamiento. Ya nos encontraremos allí.

—Es necesario que averigües todo lo posible acerca de Laird Duncan. Una biografía documentada, sobre sus amistades,

relaciones, visitas. Le será fácil al piloto Erskine informarte; apuesto doble a sencillo, que Laird Duncan, lobo de mar, viviría a bordo de su propio barco, porque le sería más económico.

—Tú eres única para averiguar todo lo necesario acerca de una mujer. Debes informarte sobre amistades y relaciones que hizo Diana Duncan desde su llegada de Francia. Anda con tiento, manzanita. Todavía me duelen las costillas de las caricias que recibí por querer saber el ambiente en que vivía Diana Duncan.

—Con tal de que esta noche, hacia las nueve, cenas conmigo, basta. Te necesitaré después de la cena, para liquidar un asunto pendiente con una lombriz llamada John Bailey, chofer de «taxi» como profesión, pero pegador en las tinieblas como afición.

A solas, Kirk Silverton fue pensando en la extraña locura del capitán Duncan. ¿Por qué desapareció de su barco, y apareció golpeado y sin sentido en una carretera cercana a Londres?

¿Qué hacía Austin Barclay, agente del contraespionaje inglés, metido en el sanatorio, en pabellón vecino a Laird Duncan?

Le gustaba siempre, en los casos misteriosos, elaborar diversas conjeturas. Laird Duncan tenía un motovelero con el que llevaba turistas por el amplio, espléndido y tibio Firth Moray, un fiordo que nada tenía que envidiar a los más bellos de Noruega.

Se absorbió en conjeturas, rechazándolas a medida que las imaginaba. Lo único evidente es que el «Intelligence Service», había juzgado muy digna de ser observada de cerca la locura del capitán Duncan, colocándole como vecino uno de los mejores agentes.

Despertó de su proceso imaginativo, porque oía perfectamente un taconeo femenino en la antesala. No podía ser Cinthya...

Se levantó, rectificando el nudo de su corbata, pensando en Diana Duncan, la enigmática.

Fue a abrir la puerta de su despacho, y sonrió complacido. No era la visita que esperaba, pero resultaba muy interesante aquella elegantísima morena, desconocida.

—Buenos días, y bienvenida. Soy Kirk Silverton. Pase usted, y considérese en sus dominios.

Ella entró, dirigiéndose hacia el sillón. Dio deliberadamente tiempo a que Silverton pudiera contemplarla.

No era muy alta, ni demasiado esbelta. Más bien algo rolliza, llenita. Y sin embargo, la ropa le sentaba maravillosamente bien.

Un conjunto primaveral muy apropiado para aquel fin de mayo, y en la cambiante primavera londinense.

Botas grises hasta el tobillo, media *nylon* gris, falda escocesa, chaquetón de gamuza, blusa gris, y un sombrero inclinado a un lado de los charolados cabellos de un brillo refulgente.

Andaba graciosamente, con elástica consciencia de poseer un cuerpo precioso. Se sentó, y cruzando las piernas, sacó del bolsillo del chaquetón una pitillera.

Kirk Silverton, sentándose al otro lado de la mesa despacho, aceptó la oferta de un cigarrillo, y encendió el de ella, que le asió la diestra para fijar la llamita del encendedor de mesa.

Una mano fresca, mórbida, que cosquilleaba la siempre latente virilidad del enamorado investigador.

Pero que no le impedía recordar que una vez aceptó un cigarrillo en iguales condiciones, lo aspiró con deleite, y se despertó atado en un lóbrego garaje.

Casi con remordimientos, pero asimilando las lecciones de la experiencia, no encendió su cigarrillo, jugando con él entre los dedos.

Miraba los ojos oscuros, de un azul denso, que le contemplaban como detallándole y tomando mentalmente la valoración de sus cualidades.

—Le consideran muy apto y también muy conquistador, Silverton. Dos cualidades que podrán serme útiles.

—Veamos sus dotes deductivas hasta dónde llegan. Le consideran un talento analítico. Si no abuso de su tiempo, deme una prueba. Me llamo Violet Somers. ¿Por qué razón cree que vengo a visitar a las nueve de la mañana a un detective privado?

—En la puerta dice «Agencia Silverton, investigaciones», pero no habla, de fakires ni adivinos. Usted, físicamente, es del tipo que me receta el médico. Pero en cuanto a analizar, todavía está por nacer el hombre que pueda, penetrar en el laberinto que es el alma de una mujer hermosa.

—Estoy en un apuro. No puedo recurrir a la policía porque quiero ante todo, discreción. Podría perjudicar mi carrera, cualquier indiscreción que explotarían los periodistas. ¿No va usted al «Lido»?

La famosa y aristocrática piscina del barrio de Kensington, cuyo servicio de restaurante atraía algunas veces a Silverton, porque le

daba la oportunidad de ojear anatomías perfectas, era un lugar muy concurrido, y cuyas atracciones solían ser selectas.

—Entonces, comprendo por qué no me reconoció. Yo soy artista de variedades. Mi número consiste en un baile acrobático valiéndome de trapecios y cuerdas sobre la piscina. Mi reputación artística es tan sólida, como la moral. Hay empresarios, los mejores, que no consienten contratar a artistas de dudosa moralidad.

—Esto me sucede una vez cada mes, por lo menos, y crea que es muy sabroso. Lo cito para darle a comprender, que soy pues un experto en arrepentimientos... posteriores.

—Esos paneles que fingen lomos de libro, pero que encubren un compartimiento. Es un caso sencillo. Bastaría con que usted le diera cita a una hora determinada, y yo entrando en su casa, creo que no me sería muy difícil rescatar las cartas.

—¡Gracias, señor Silverton! —sonrió ella, con expresión de gran contento—. Esta misma tarde hacia las siete, podríamos ponernos de acuerdo. Yo telefonaría a las tres de la tarde.

—Yo puedo dibujarle un plano, y le será fácil entrar. La biblioteca que le he citado está al exterior del castillo, en un coto de caza. Allí hay un gran pabellón, y estando ausente Lord Arbuckle, no hay peligro de que nadie se interponga en su camino.

—Al cruzar este puente sobre el Trent, en la milla catorce de la carretera de Leicester a Derby, entra usted en el bosque de Streton. Puede dejar el coche, cuando haya recorrido unas tres millas, y llega a pie hasta esta línea, que señala el seto, fácil de saltar. Verá el pabellón, y creo que sabrá usted rescatar mis cartas. El estante de la biblioteca es el quinto a mano izquierda, en el tercer tabique. Se lo señalo aquí, en este cuadro.

—Estoy seguro que el *lord* no fallará a la cita. Pero en ésa, comarca de los Midlands, son muy cazadores. Tendrán jaurías de perros.

—Están muy lejos del pabellón que le dibujo. Lord Arbuckle lo tiene para aislarse... y recibir visitas amistosas.

—Pero no ha de llegar antes de las siete, porque es la hora en que ya los mozos de establos y jardineros, van a cenar. En el campo inglés son gente de buenas costumbres.

—Se lo diré esta noche en el «Lido», cuando le entregue las cartas. Un asunto tan fácil, quedará zanjado con una invitación a

champaña francés.

Se levantó ella, y tendió las dos manos, como una mujer desamparada que se ve, por fin, protegida.

El cogió las dos manos en las que estampó repetidos besos, susurrando las palabras de una conocida canción inglesa:

—«Besar tus manos, y después morir, dulce Nelly»... A las once aproximadamente, estaré en el «Lido», Violet.

Salió ella, acompañándola hasta la puerta exterior. Violet Somers bajó por las escaleras, sin emplear el ascensor. No quería que nadie pudiera después testificar que había visitado la «Agencia Silverton», de la que había visto salir sucesivamente al periodista Levin, y a la secretaria Cheynard.

Atravesó la calle, penetrando en un establecimiento de modas, casi frente a la salida del edificio en cuyo ático estaba la «Agencia Silverton».

Probar modelos lleva mucho tiempo. A las doce en punto vio ella a través de la ventana del probador, cómo el «Morris» conducido por Kirk Silverton abandonaba el garaje.

Sonrió con expresión de irónico triunfo. Había famas excesivas. Era exagerado reputar muy astuto al que enamoradizo, se creía cuanto le contaba una hermosa mujer.

A media tarde, Violet Somers telefoneaba a Stokeway Castle, desde su hotel, preguntando por Lord Arbuckle, con el que había almorzado dos veces, manteniéndose ambos en cordial reserva, aunque ella sabía que el aristócrata pretendía asediarla con paciente y sabia táctica.

—Muy complacido en saber que se acuerda de mí, querida amiga —dijo la lejana voz del aristócrata.

Por teléfono, prefiero no hacerlo. Esta tarde hacia la siete, un hombre se dispone a robar en su pabellón del coto privado. Lo he sabido por una amiga... Es un individuo de cuidado, según parece. Peligroso, y lleva armas.

—Si penetra en mi coto privado, será tratado como una pieza mayor. Y usted sabe que es mi derecho disparar sobre piezas mayores, y que poseo buen pulso. ¿Cuándo cenamos juntos, mi querida Violet?

Lord Arthur Arbuckle engrasó su mejor rifle de repetición. No era cruel ni sádico, pero tenía muy arraigado el sentido de la

propiedad, y estimaba que un ladrón peligroso y armado, debía ser recibido como una alimaña dañina.

* * *

A media tarde, después de dar un paseo reflexivo en su coche hasta Windsor, donde comió, Kirk Silverton estaba contento. Le hubiera molestado saber que era Diana Duncan, la «ella» que habían citado los tres matones de la noche anterior...

Claro, que podía ser Violet Somers una enviada de Diana Duncan... Pero sin base sólida, opinaba que Violet Somers actuaba por su cuenta propia, al pretender alejarle una temporada larga o definitiva de Londres... y los Duncan.

Estaba enojado con la hermosa Violet, porque era menospreciarle, suponerle incapaz de no ver los fallos en el plan de las cartas.

Claro que le ayudaba su fama de mujeriego. Violet Somers le suponía de la clase de los donjuanes que ante la posibilidad de una conquista más, comulgaban con ruedas de molino.

Dedicó el resto de la tarde a pasear, «reflexivamente», hasta las siete, en que desde su despacho de Londres, telefoneó a Strenton-on-Fossé.

—Según tengo entendido, *milord*, le dijeron, que a esta hora aproximadamente, alguien intentaría entrar en el pabellón del coto privado...

—El que debía entrar en el pabellón. Lo he dejado para mejor ocasión. Hoy me duelen las muelas. Tanto gusto.

Tal como había imaginado. Violet Somers conocería cierto artículo del código, según el cual allanar morada ajena, aunque fuera un investigador privado, costaba como mínimo una reprimenda.

Y disparar sobre un supuesto ladrón, era más agradable que hacerlo sobre un jadeante zorro, o un enloquecido ciervo.

Estimaba, pues, Violet Somers que eliminarle a él, por un mes, o definitivamente, era esencial. ¿Por qué? ¿Para apartarle de todo «lo que oliera a Duncan»?

Miró su reloj, y decidió dormir un poco, porque se le antojaba que se aproximaba una noche muy movida.

Le despertó Cinthya Cheynard, que según lo acordado, venía dispuesta a acompañarle a cenar. Vestía de noche, y era un cromo apetitoso.

—Si no fueras tan buena y simpática, manzanita, y supiera yo que no te mereces a un sujeto de mi mala calidad, intentaría hacerte el amor. Estás preciosa... ¿Has averiguado mucho acerca de Diana?

—Resulta difícil saber los pasos que dan las mujeres. Son más discretas en eso que nosotros.

—Le visaron el pasaporte en Dover. Exactamente el primer día del corriente mes de mayo. No viajaba por agencia, sino particularmente, y tuve que acudir a la facturación de equipajes. Se instaló en el «Carlton», y no recibió una sola visita.

—No dulzura. Todo va bien en el mejor de los mundos. Vamos a cenar con esmero... porque puede ser nuestra última cena. Aun estás a tiempo de abandonar este pestilente trabajo, manzanita.

—Sabes perfectamente que te juré eterna lealtad —sonrió ella, pretendiendo ser irónica.

—Esta grandeza de alma, tal vez no sepa comprenderla John Bailey, ese chofer al que, después de cenar, y hecha ya media digestión, tendré el gusto de saludar con efusión.

* * *

A las diez de la noche, después de cenar, Cinthya Cheynard se separó de Silverton, que se encaminó a la agencia.

CAPÍTULO IV

John Bailey, al verse en una estancia completamente a oscuras, soltó la maleta, y a la vez una malsonante imprecación.

Simultáneos en rapidez, acababa de recibir un puntapié en la espinilla, un puñetazo en pleno diafragma, y un seco porrazo en la nuca. Era fuerte, y aunque en tinieblas, medio atontado, lanzó patadas y puñetazos.

Pero el silencioso agresor, llevaba la ventaja de la sorpresa. Repercutieron con mayor contundencia los otros tres golpes. Ésta, segunda vez, fue otra la espinilla elegida, pero la nuca y el estómago de Bailey encajaron dificultosamente.

El tercer y último sentido de apreciación que tuvo John Bailey, fue que un puño muy experto le desfondaba un costado, mientras algo macizo, de caucho, le aporreaba en último golpe la nuca.

Cuando volvió en sí, imaginó que había sido víctima de un atropello, y que un faro de coche le iluminaba la dolorida cabeza.

Arrodillándose, trató de incorporarse. Una puntera de zapato le derribó, al chocar contra sus costillas.

John Bailey, en su inconsciencia, creía ver cierto parecido entre su actual malaventura, y la sucedida la noche anterior a un individuo llamado Kirk Silverton.

En el suelo, fue deslizándose su diestra hacia el bolsillo posterior en que llevaba matraca y cuchillo. Una suela de zapato le aplastó la mano, mientras una voz, le advertía amablemente:

—Si estás tranquilo y te comportas como un cobarde inteligente, saldrás ganando, Johnny. En vez de una linterna, es una lámpara de esas portables y extensibles, querido Johnny.

—La misma escena. Tinieblas para ti. Pero ahora soy yo el que habla, y tú me escuchas, Johnny. Vas a decirme quién te envió a

esperar la visita de curiosos en la casita de Dorchester. Yo creo que me lo dirás, ¿verdad, encanto?

John Bailey, de costado, intentó apresar por deducción algún miembro. Recibió en la mandíbula derecha un seco puñetazo, que volvió a mantenerla «groggy», y tendido.

Al recuperarse, demostró estar dispuesto a ser diplomático. Se sentó en el suelo, aureolado por el foco de la portátil.

Johnny. Vas a elegir entre ir al hospital o ir en el último «taxi». Tengo tu cuchillo y tu matraca. No te pido el dinero que ayer me limpiaste, pero si te llevo a la policía oficial, las pasarías muy mal. Yo creo que preferirás que en tu «taxi» te deje yo ante una clínica, ¿verdad? Mejor para ti. Yo soy un buen chico, pero me repugna el tío forzado que abusa de un hombre medio sonado, pegándole patadas.

—No grites, Johnny, que no soy sordo. Quedamos entonces que un tal Brown, que trabaja en el «Lido», ¿de qué?...

—Uno de los Docks Orientales, amigo de Brown. Vinieron a decirme que cobraríamos una libra por noche, si los tres, desde las siete de la tarde hasta la madrugada, esperábamos en la casa de Dorchester, y si acudía alguien, le escarmentábamos para que no volviera.

Un puñetazo en la punta de la barbilla levantó en el aire al entontecido matón de alquiler, que se dobló hacia delante, al hundirse en su estómago otro puño. Un último golpe doble en la nuca, lo aplastó contra el suelo, conmocionado.

Encendiendo la luz central, Kirk Silverton fue al teléfono, marcando un número que correspondía con cierta oficina especial.

—Póngame en comunicación con «Doble Zeta», del contraespionaje aliado. Se lo dio Kirk Silverton.

Era el apodo dado al inspector del grupo activo que tenía la costumbre de llamar a los agentes enemigos «polillas», y consideraba un poderoso insecticida al jefe del grupo Once.

—Me ha interrumpido usted cuando la película estaba en lo más interesante. ¿Qué sucede, y quién es usted?

—En mi atalaya, señor. En el suelo del despacho, hay un individuo llamado, John Bailey, al que convendría tener encerrado, si es como supongo, alguien relacionado con el caso que tanto interesa a un joven llamado Austin Barclay.

—¿Austin Barclay? Vaya, creí que era un secreto completo. No se mueva, Kirk. En minutos estoy con usted.

Pasaron siete minutos. El inspector jefe del grupo Once, parecía un honorable comerciante retirado, casi un tímido ciudadano.

—No es grave. Le di una inyección, y amanecerá aliviado. Creo, señor, que es necesario que le diga que sería muy útil que yo estuviera más enterado del caso Duncan.

—No se haga el sorprendido, señor. Me he retirado del servicio, pero ayer tarde vino a visitarme un lunático diciéndome llamarse Austin Barclay. Hizo ante mi secretaria una creación del loco gracioso. Después, a solas conmigo y mientras le conducía al Herford, de donde dijo haber escapado, me aconsejó me interesase por Diana Duncan, ya que por lo visto, él debía atender a Laird Duncan. No acabo de entender por qué no comunicó con su departamento.

—Por si era seguido. Figura como demente para todos los efectos, Sólo el director, sabe la verdad, sobre su personalidad. ¿Quién es este hombre?

—John Bailey, chofer de taxi, matón a sueldo. Ayer, a las diez de la noche, él y dos amigos de su ralea, me propinaron una paliza, en la casa de campo propiedad de Diana Duncan. Me advirtió que me alejara de todo lo referente a los Duncan.

—Tenemos la sospecha de que Laird Duncan posee un secreto de la mayor importancia, que llegó a su poder en forma casual. Se colocó a Barclay cerca, de él, con el propósito de averiguar quién o quiénes intentan recuperar o arrebatarse el secreto que posee Laird Duncan.

—Es el clásico dipsómano. Bebió en exceso, y sufre ataques repentinos. Barclay intenta aprovechar algún momento de lucidez de Duncan, y espera también algún intento de rapto. Es un asunto muy oscuro.

—Laird Duncan transporta turistas por el Moray Firth. Unas colinas arenosas en las que quedaron enterradas tres ciudades, y que un grupo de arqueólogos trata, de sacar al aire. En realidad, la verdadera versión es que bajo las arenas de Culbin Sands, hay cinco aeródromos y dos bases para submarinos. No soy ningún niño, y por eso no le digo que es una base secreta. Austin Barclay opinó que era muy rara la forma que Laird Duncan tuvo de desaparecer y

reaparecer golpeado y desvanecido. Austin Barclay piensa que es muy posible que, de manera fortuita o voluntaria, el capitán Duncan consiguiera apoderarse de algún documento relacionado con dichas bases.

—Voy viendo. Y espera un momento de lucidez de Duncan, o que a este intenten volverle a coger los que entonces le perseguían y golpearon. Pero ¿cómo le abandonaron?

—Laird Duncan es muy fuerte. Consiguió seguramente huir, y los otros perdieron su pista.

—Bien, señor. Ya poseo más datos. Voy ahora en busca de un individuo llamado Brown. Se lo remitiré como éste. Hay otro llamado Terry, que es cargador de puerto. Convendría darle hospitalidad al igual que éste. Son simples matones, pero tal vez, bien interrogados, digan algunas cosillas importantes.

—Lástima —sonrió Silverton—. Sería deplorable que trabajara en colaboración con los que van contra su papá. No la creo capaz de tanta maldad. Hasta pronto, señor.

* * *

Todo en rededor de la piscina en la esquina sudeste del Hyde Park, las mesitas de los palcos estaban concurridísimas. Lo valía el espectáculo de *ballet* acuático, recién contratado, y además las noches ya más benignas, volvían a dar al «Lido» todo su esplendor.

—Usted ha de estar muy al corriente de todo, Joan. Tiene la mirada avispada, la boca sabia, y el cimbreante cuerpo de una novia que me abandonó. Suspiraremos después. Ahora, dígame, Joan: ¿conoce a una criatura llamada Violet Somers?

Un taconeo precipitado precedió la entrada rápida de Violet Somers. Había sido avisada de que Lord Arbuckle acababa de llegar, pero al mirar al palco, tuvo la sobresaltada sorpresa de percibir a una persona a la cual creía muy lejos del «Lido».

—¿Silverton, Silverton? ¿Kirk, Kirk? Usted es el famoso as del espionaje yanqui. Leí los reportajes con mucho interés. ¿No tiene usted una agencia de investigación? Interesante, interesante... Siéntese, siéntese. Una copa de champaña, o mejor tal vez, me acompañará a cenar, ya que es gran amigo de Violet. Eso es, eso es.

—Lo propio en una piscina. Pero con tanto nadar nos

ahogaremos, Violet. Yo soy un buen chico, pero ayer, a las diez de la noche, me hubieran dejado para el hospital, si no tuviera práctica en recibir y dar. Tengo el placer de comunicarte que los tres muchachos.

Ella apretó las dos manos en rededor de la copa vacía. Kirk Silverton removi6 en el cubo de hielo, la botella de champaña.

—Estoy muy mortificado, Violet. No debiste jugar conmigo, yo, el as, el campeón, y demás títulos...

—Tanto respeto repentino me molesta, Violet. Yo estoy dispuesto a olvidarme de Johnny, Brown y Terry, si me tratas como a un buen chico. Desmíenteme, si me equivoco. Tú eres una artista, y alguien te pagó para dar empleo a Terry. ¿Quién es el interesado en que no se entrometa nadie en los asuntos de Duncan? No me repliques que ignoras de lo que te hablo. Sería poco cordial.

—Una amiga mía me recomendó que, en su ausencia, yo me encargase de que nadie entrara en su casa. Diana Duncan.

—Entonces, Violet, lo mejor será que ahora mismo la pongas en comunicación con Diana Duncan, y la ruegues acuda aquí. Bastará que le digas que yo admito que las mujeres jueguen conmigo, destrozándome el corazón, pero no el físico. Aquí tienes un teléfono; pide línea a la centralilla.

—Escucha, Violet, sigues igualmente dispuesta a engañarme. ¿Qué necesidad tenía Diana de acudir a tu complicidad en el alquiler de tres matones? Yo acepto todas las mentiras, pero ha llegado el momento de ponernos serios. Hay barruntos de que la locura del capitán Duncan es peligrosa... para los que se vean mezclados en su secreto.

—Estoy ya enterado. Soy listísimo, tanto, que me asusto yo mismo. Johnny me habló de ti, y ahora tú me hablarás de otra persona. Es lo normal, querida. Hilar la madeja... Tú eres un precioso hilo que me conducirá al grueso de la enredada madeja. Medita mientras cenas con el lord, que ya está anunciándose con discretas toses mundanas.

—¿Qué excentricidad curiosa fue la de tu aviso, querida amiga? A las siete me telefoneó un sujeto imbécil, que habló de un dolor de muelas, y que no iría...

—Tengo un gran dolor de cabeza, Arthur. Perdóname, pero esta noche prefiero irme sin actuar. He recibido malas noticias. No te

molestes, Arthur Ya te telefonaré.

Abandonó precipitadamente el palco. En el corredor se encaminó hacia la escalera opuesta a la que utilizó Silverton.

«Bailey, Brown y Terry, descubiertos. Kirk Silverton me vigila. Trataré de entretenerlo. Es preciso actuar deprisa. Procuraré llevar a Silverton, por la carretera de Herford».

Dobló el papel, introduciéndolo en una moldura del espejo. Tocó entonces un timbre, y abrió la puerta, regresando al espejo, donde se contempló mientras se colocaba la esclavina de pieles.

—Si hubiera sabido quién era usted, Kirk, no habría sido tan necia como para pretender engañarle. En el fondo, no debería decírselo, pero no me costará explicarle todo, porque... me siento atraída hacia usted. Y no me gusta jugar con fuego. Por eso será mejor, que tan pronto le revele lo que desee saber, me vaya de Londres. ¿No pensará entregarme...?

—Una horrible suposición que me ofende, Violet. No soy ayudante del verdugo ni proveedor de cárceles. Lo que sucede es que soy muy vanidoso, y cuando pretenden jugar conmigo, me queman la sangre.

Es un muchacho que vive vendiendo productos de belleza por los clubs nocturnos. Carver fue al camerino con su maletín de potingues. Rebuscó por los contornos del espejo del tocador, sacando un papel. El papel dice: «Bailey, Brown y Terry, descubiertos. Kirk Silverton me vigila. Trataré de entretenerlo. Es preciso actuar deprisa. Procuraré llevar a Silverton por la carretera de Herford». Lo ha escrito ella. Carver empieza a ablandarse. Nos dirá dónde tenía que llevar esta nota. Actúe a su gusto. Si quiere comunicar conmigo, creo que pronto estaremos al cabo de la madeja. Nos llevamos a Carver a mi oficina.

La ignición no respondía. Y fue lo que salvó la vida de Kirk Silverton, porque al inclinarse para comprobar el contacto con batería, saltaron en pedazos los cristales del parabrisas, antes de que se oyeran los estampidos de los disparos efectuados desde un coche que pasó a toda velocidad en sentido contrario al «Morris».

—Y a Carver le rompieron el cráneo de un balazo, cuando lo

llevábamos a la salida. Está acordonado el edificio, pero será difícil encontrar al que disparó con silenciador contra Carver. Abundan los taponazos de champaña en este maldito local. Alguien debía observar todos sus pasos, Silverton. Por suerte, no le ha pasado nada. ¿Vio a los que «ro —ciaron»?

—Ha quedado pues rota la transmisión. Violet Somers y Frank Carver guardan ya silencio. Sólo se puede hacer lo que es rutina. Ir tomando nota de cuantos están en el «Lido»... y desde que le saltaron los sesos a Carver hasta que di orden de acordonar, el tirador tuvo tiempo suficiente de largarse. Dejemos a los de Scotland la rutina oficial. Venga a mí coche, Kirk. Está usted rabioso.

—Debí adivinar que el asunto era de importancia, y que Violet peligraba desde que falló al enviarme al castillo... ¡Eh, oiga! —llamó.

—Es absurdo. Se me ocurrió por un instante pensar que el pobre Lord Arbuckle pudiera ser el tirador, ya que... No, si hubiera sido él, o tuviera relación con la banda que acecha a Duncan, Violet no se habría asustado al verme con él. Oiga, señor... Quiero pedirle un favor. ¿Tiene inconveniente en llevarme a Herford?

Por fin, resumió Silverton sus pensamientos:

—Van a precipitarse los acontecimientos, señor. En realidad, ya saben ahora que no sólo yo me mezclo con las andanzas de los Duncan, sino también el «Intelligence». No sé todavía si Diana Duncan juega limpio, pero me inclino a creer que sí. Puede correr peligro.

—Esta misma tarde ha regresado al sanatorio. La avisaron de que su padre sufrió otra recaída.

Siguió rodando el coche a toda velocidad, en evidencia por la doble luz piloto, su especial matrícula, que al ser divisada, devolvía a su acechante inmovilidad a los motoristas de tráfico.

—Me permito dudarlo. Están bien organizados, y fue tan repentino que ya habrán cambiado de coche, o simplemente lo habrán aparcado. A menos...

—¿Que estén camino de Herford? No pueden pasar de cincuenta, sin que los detengan los motoristas que ya estarán avisados de que detengan los coches sospechosos. La rutina funciona.

—Entonces, opino que Barclay debe ahora cambiar de táctica. Iba bien, mientras no estuviera declarada la guerra. Pero ahora, ya han lanzado los primeros bombazos, y han caído Violet y Carver. ¿Quién seguirá? Lo lógico es que sea yo, si Barclay sigue conservando su incógnito. Yo sugiero que se deje libre a Duncan.

—Sí, señor. En Suiza, y realmente es poco agradable. Pero si se anuncia que Laird Duncan ha huido con otro par de locos, habrá gran revuelo. ¿Y qué pasará? Los que acechan fuera del sanatorio tratarán de coger a los tres lunáticos, Duncan, Barclay y Silverton.

CAPÍTULO V

El médico director, afable y plácido, escuchó atentamente la complicada exposición de los recientes hechos que hacía el inspector. Se limitó a objetar:

—Laird Duncan, en sus períodos de lucidez, es apacible, pero dejarle libre, es arriesgado.

—Acepto las responsabilidades, doctor. Laird Duncan, acompañado de Silverton y Barclay, está tan custodiado como aquí dentro.

—Un momento, doctor. ¿Qué poder legal tiene Diana Duncan, que afirma ver caimanes paseando en pie por su jardín, y mirándola con melancolía?

—Ingresó voluntariamente, y hemos estimado que pudiera tratarse de algún bromista pesado coa careta de carnaval. Diana Duncan no ha sido incapacitada legalmente.

—Trataré de insistir, doctor, en que probablemente está en juego un importante secreto de vital seguridad para la nación. La hora es un poco tardía, pero quisiéramos hablar con Diana Duncan.

—Yo creo que usted puede ser más persuasivo, Kirk. Iré, mientras, a hablar con Austin Barclay.

A solas, Kirk Silverton paseó con cierta impaciencia. Entró Diana Duncan, que fríamente saludó:

—Normalmente, tengo una despreocupación audaz, lindante con el descaro sublime, Diana. Pero acabo de ver cómo ante mis ojos, mataban a tiros a una hermosa muchacha, de su edad, aproximadamente. Ella me dijo conocerla... Violet Somers.

—Que acaba de morir acribillada, por querer callar, y considerarme un enemigo. También por la misma razón ha muerto un tal Frank Carver, enlace con la banda que no quiere se sepa algo

relacionado con el capitán Laird Duncan. A mí no me gura una curiosidad malsana. Hay quién no ve clara su actitud, Diana. Yo opino que está usted atemorizada, que por determinadas razones, desea obtener de su padre una información, y así salvarle la vida. ¿No es más sencillo revelar lo que sabe, y ponerse bajo la protección de Scotland Yard, hasta que sea capturada la organización? ¿No es más humano dejar que el capitán Duncan se cure tranquilamente?

—Bien. Pero supongo no se opondrá al propósito de que su padre no vuelva a ser perseguido y golpeado.

—No lo diga, por favor. Luego le sabría mal. En cambio, si puede decirme el interés que tuvo en hacerle saber a su padre, algo referente a caimán...

—Era natural la deducción, Diana. Usted tenía que hallar un pretexto para permanecer en este sanatorio. No bastaba con visitar diariamente a su padre, porque estarían delante los enfermeros. Habló de un caimán. Le habló de este caimán a su padre. Usted no estaba ni está loca. Y no hay caimanes que se paseen en pie, de noche, ni de día. ¿En qué se basaba, pues, la invención de un bicho tan repulsivo? En que hay algo estrechamente relacionado con la huida del capitán, y el bicho de marras. Si lo sabe, dígalos antes que sea tarde.

—No insisto más. Ahora, bien, no llore cuando sepa que por su culpa han muerto tres hombres más.

—No existen contra usted más que recelos. Pero si mañana hubieran pruebas de que silenció algo importante, se atenderá a su remordimiento, Diana Duncan.

Ella, erguida, abandonó el despacho. Fuera esperaban el director, y dos hombres, en uno de los cuales, reconoció al simpático loco que habló varias veces con ella.

—Un plan adecuado, Silverton. Adelante con él. Al relevo de los dos enfermeros que custodian a Laird sacaremos a éste. Yo llevaré la voz cantante, ¿comprende?

—Y no olviden que apenas salgan, puede haber quien espere —sugirió, con fingida adustez el inspector, para añadir—: Buena suerte, muchachos. Daremos publicidad a la fuga de tres lunáticos.

—Siempre pensé que la guerra tenebrosa del espionaje era complicadísima, pero nunca creí que iba yo a ser cómplice en la

fuga de un peligroso dipsómano. Los dos enfermeros cuando amanezcan amarrados, poco imaginarán que el narcótico en el té que toman, al despertar a las dos de la madrugada, ha sido vertido por mí. Voy a dormir, señores.

A las dos de la madrugada, dos enfermeros se acomodaron en la puerta exterior del pabellón donde era recluido Laird Duncan.

A los cinco minutos, uno de ellos dio una cabezada profunda, inclinándose sobre el tablero de damas, mientras su contrincante, gruñía:

Quedó en silencio, reclinado hacia atrás, dormido profundamente. Silverton y Barclay emplearon concienzudamente las sábanas retorcidas, sacadas de la cama de Barclay, cuyo enfermero estaba amordazado en su pabellón.

—Bien. Tú eres un magnífico loco, Austin. Adelante, y a ver si convences a Laird, de que a los tres nos conviene recorrer los anchos senderos de la libertad.

Con las llaves cogidas a uno de los enfermeros, abrió Barclay la puerta. Al fondo, en su cama, un hombre dormía.

Laird Duncan se despertó, abriendo los ojos. Era un hombre de anchas espaldas, mediana estatura, rostro colorado, de ojillos estrechos y mandíbulas salientes. Daba impresión de astuta brutalidad.

—Éste es Kirk y yo soy Austin, capitán. Hemos pensado que ir a dar un paseo, nos vendría de perlas. Hace semanas que no pruebo el *whisky*.

Los ojillos pardos del escocés, brillaron codiciosos. Se levantó, y empezó, a vestirse con parsimonia. Ropa de sarga azul...

—Quedan aún sus buenas cuatro horas para que amanezca, y ya estaremos lejos. A Kirk le pasa lo que a mí, capitán. Lo tienen injustamente encerrado, y sólo le dan por la mañana un sorbito, y por la noche otro sorbito. Eso es criminal, dije yo, ¿verdad que te lo dije, Kirk? Y entonces Kirk me dijo que también era criminal tener al bravo capitán Laird a sorbito escaso.

—Así curan a los que tienen ataques. Pero yo prefiero los ataques bebiendo, que los ataques en dique seco. Un momento, amigos. No encuentro mi gorra.

—Cabeza alta y descubierta, capitán. Somos tres amigos, ¿no? Kirk: tú delante, abriendo paso, y si alguien se interpone, le das de

lleno en la calabaza, pero sin rajarla. Cada cual debe ganarse el «moya-te » como puede, pero sin perjudicar al vecino.

Atrás, Barclay no encontraba nada divertida aquella situación.

Los amplios jardines tenían una alameda enrejada, sólo para el tránsito de módicos. Conducía a una salida que también estaba abierta. Luego, el director, a las dos y media, cerró ambas puertas.

Fuera, todo era negrura en el bosque circundante. Siguió Silverton andando cautelosamente. La orientación estaba ya decidida. Era preciso llegar al sitio exacto en que fue recogido, desvanecido Laird Duncan en su huida. Cerca de Holbeich.

Andaban los tres a buen paso, acelerando a medida que quedaba atrás Herford. A las cuatro en punto, Kirk Silverton se detuvo.

Se hallaban en la cima de una colina, desde la que se divisaba el conjunto de aldeas que formaban el poblado de Holbeich.

—Soy de mar, muchachos. Y esta caminata me ha cansado, de veras. Hemos de pensar con calma, un buen plan.

A cada lado del escocés se sentaron los dos. Austin Barclay rió con verdadera expresión de cretino:

—El plan, está en ir donde se pueda beber tranquilamente. Hasta las siete de la mañana, no se darán cuenta de que nos hemos escapado. Tú, Kirk, eres un tío listo. ¿Qué propones?

—El coche resulta fácil. El barco, yo tengo el mío, pero claro, lo primero que harán es buscarme en el barco. Y hay algo, también, en que debemos pensar. Yo tengo una hija, y se preocupará mucho por mí.

Era evidente que en su plena lucidez, el capitán Laird Duncan, trataba a sus dos compañeros de fuga, como a dos dementes. Sugirió:

—Kirk y yo vamos juntos siempre, ¿eh, Kirk? Y un trago, los tres, hemos de darlo juntos también, ¿eh, capitán? Allá se hablaba mucho de ti. Y es más... Yo hablé con tu hija Diana.

Volvió Barclay a emitir una risita imbécil: Kirk Silverton se dispuso a entrar en acción, según fuera la reacción de Duncan.

—Estuvimos hablando de todo un poco. Ella que sí, yo que también, lo que pasa... Estábamos muy de acuerdo en que pasaban cosas raras allá. La vieja Harriet que quería a toda costa le trajeran el séquito cortesano para llevarla a Saba, el joven Plump que cazaba

moscas, y decía que era un caimán... Hombre, eso del caimán traía de cabeza a tu hija, ahora que lo recuerdo.

—La muchacha se resignó a no dormir en la casa de campo, y era lógico. ¿Quién puede dormir con un caimán rondando? Yo me ofrecí para ir a la casa de Dorchester y esperar el momento para terminar con el bicho. Es fácil. Lo aprendí en un libro. Se coge una estaca puntiaguda por los dos extremos...

—Ya lo sabemos, hombre —intervino Silverton—. Pero de algo hay que hablar hasta que amanezca, y podamos entrar en aquel pueblo. Me parece que es Appleby.

—¡Appleby está en los lagos! Esto de orientarse, es asunto del capitán. Mira las estrellas, se moja un dedo, y ya sabe dónde estamos.

—En Holbeich, muchachos. Fue precisamente aquí, donde... en fin, donde me llevaron al sanatorio. Y es seguro que no me buscarán por aquí, ni por el norte. Yo a ti te he visto pasear por los jardines Austin, pero a éste, no.

—Ingresó voluntario, capitán Duncan. Oye, Austin: vete a examinar aquella senda, allá abajo. He visto una sombra.

—Lo es. Me llamo Kirk Silverton, y su hija me lo ha contado todo, capitán. No piense emplear conmigo los músculos. Soy su amigo, y no le perjudicará tenerme confianza. Ella se vio obligada a hablarle del caimán, porque teme por su vida.

—No soy un demente como Austin —agregó Kirk—. El muchacho, por haber hablado con Diana le cogió afecto, y ha sido él quien ha logrado que escape usted, sin saber que yo estaba en complicidad con el director. Le expondré la situación, capitán Duncan.

—Han muerto ya dos personas, y su hija está aterrorizada. Usted no quiere revelar su secreto, ni yo puedo obligarle a hacerlo, pero bueno es que sepa, que el «Intelligence» rondaba. Yo soy agente privado, y he olfateado un negocio. Si me cree del «Intelligence» haga lo que mejor le parezca, pero sepa que los mismos que han matado a dos personas, darán con usted, si anda solo.

—Yo iré hacia Holbeich, y me pondré en contacto con un amigo de confianza que nos facilitará la huida. Dígale a Austin que he ido a buscar una botella. ¡Austin!

—Hombre, yo francamente, prefiero a tu hija, capitán. Pero el

chico ese me ayudó a escapar. Ahora que no te fíes de él, ¿sabes, capitán? A veces habla como si estuviera loco de remate.

—¿Ahora que Kirk ha ido a buscar *whisky* del verdadero, y no el aguado que nos daban allá?

—Para navegar hay que ir con viejos lobatos de la mar salada. Pero, al quedarse solo, Kirk se perderá.

Laird Duncan veía alejarse por la cinta polvorienta del camino hacia Holbeich, la silueta de Silverton.

Aguardó, hasta cerciorarse de que Silverton estaba ya muy distante, para poder percibir el menor movimiento de ellos, que fueron bajando la loma opuesta de la colina, yendo hacia el oeste.

De vez en cuando se volvía, y apreciaba que Holbeich iba quedando muy lejos, así como Silverton, pero aun así, cuando coronaron otra cima, obligó a Barclay a echarse al suelo, mientras él, encaramado en un árbol, escrutaba el horizonte, con sus agudos ojos marineros.

Era indudable que el minúsculo punto que penetraba senda abajo hacia uno de los poblados de Holbeich, era Silverton.

—Andemos más deprisa, Austin. Aunque te aviso que mejor harías yendo solo, muchacho. Mi compañía te puede resultar dañina. Pueden matarte.

—Sería difícil que me comprendieras, muchacho. Eres muy joven, y también eres... poco inteligente. Aprieta el paso, Austin.

El terreno ahora cambiaba completamente. Ya no eran los pastizales verdes y jugosos, sino zona arenosa, dunas entre guijarros y roquizes, desolación.

En torno no se divisaba señal alguna de humana vivienda. Más al este se perfilaban masas de peñascos, y el aire iba tornándose salobre y yodado.

Duncan caminaba con rapidez, seguido por Barclay, que reconocía los parajes de las Warplands, costeros, desérticos, inhabitados en grandes extensiones por su improductividad y agreste contorno.

Reconoció el perfil, muy reproducido en fotografías, de los tétricos Gog Magog, los cuatro acantilados plenos de escollos en su base. Habían sido antiguamente guarida de contrabandistas, conocedores de los pasos entre arrecifes.

Duncan se internó por un barranco, y asomaban las primeras

livideces del amanecer, cuando llegó al borde de un acantilado. Una cornisa natural, que se desplomaba a pico en un abismo de unos cien metros, rugiente en su fondo el mar, contorneaba el acantilado. Siguieron por ella. Al llegar al último recodo, apareció una plataforma rocosa, y en ella una ruinosa casucha de madera carcomida por el tiempo y el abandono.

Se aproximó a la desvencijada puerta, y tras él, Barclay miró con sorpresa la pancarta herrumbrosa que colgaba de dos hierros, encima del dintel. Decía:

CAPÍTULO VI

Las maderas crujían a cada paso, y formaban cortinones espesas telas de araña. El suelo cubierto de polvo, los tabiques agrietados, las escaleras rajadas, demostraban que aquel caserón, antigua posada, hacía tiempo que no recibía visitas.

La luz del amanecer penetraba ya por las ventanas, orificios y hendiduras, que los temporales y el abandono habían añadido a las naturales aberturas.

La disposición era la normal. Una gran sala de entrada, al fondo unas cocinas que se adivinaban por el hogar recubierto de musgo, y unas escaleras conduciendo al piso alto.

—Tuvo bodega y de las mejores, muchacho. Y si lo que me han prometido es cierto, encontraremos abajo con qué comer y beber.

El mismo penetró en el rellano, y encontró a un lado, colgado de un resalte, una linterna que encendió con las cerillas allí colocadas.

La rojiza luz desparramó sus reflejos en un sótano largo, vacío. Había una mesa y dos bancos. Sobre la mesa, una cesta con provisiones. Dijo Duncan:

Instalóse en uno de los bancos, dejando la linterna sobre la mesa. Las paredes abiertas en la roca, eran húmedas, salitrosas, y por sus concavidades bajaban surcos acuosos.

—Aquí se podrían criar setas, capitán —observó Barclay, devorando los fiambres, cuando el capitán empezó a comer.

De la cesta asomaban golletes de botellas. Empuñó Duncan una de *whisky*, que descorchó con respetuosos gestos de oficiante.

—No hay miedo de que esté envenenado todo esto, porque es Diana quien me lo ha dejado preparado.

—Mira, muchacho, te he cogido afecto, porque eres ingenuo, y gracias a ti, me he escapado antes de lo que pensaba. Te llevarás un

par de frascos, y estas latas. Y que tengas suerte.

—Es preferible para ti, Austin. Tan pronto esta mañana, por los periódicos o por la vecindad, sepan que he escapado de Herford, vendrá gente muy peligrosa. Gente muy de cuidado, Austin.

—Puedes dormir un par de horas, pero después, te irás, Austin. No quiero que sobre mi culpable conciencia, recaiga la muerte de un infeliz como tú. Y además, mi enfermedad...

—No lo es, capitán. Lo que pasa es que, a veces, el alcohol nos sienta mal, y tenemos arrechuchos... Oigo ruidos, capitán.

Se oían susurros, deslizarse de cosas menudas, rumores indefinidos. Austin Barclay sabía que estaba cerca de la solución de aquel jeroglífico.

El capitán Laird Duncan había venido a aquel caserón en ruinas, no por azar, como lo demostraban las provisiones halladas.

Disimuladamente se había cerciorado de que no había más entrada visible al sótano que la emplea da por ellos dos. Y desde el lugar en que se hallaba sentado, divisaba perfectamente el rellano y las escaleras.

Lo que no podía ver, era debajo de la larga mesa, donde en el suelo se alzaba lentamente un recuadro de madera, que quedó en ángulo recto con el suelo, sostenido por una barra de hierro.

En la diestra llevaba una automática «Luger», con cargador doble. Su gorra rozaba la parte inferior del tablero de la mesa.

Pese a su corpulencia, fue ágil el modo silencioso que tuvo de sentarse en el reborde de la trampa abierta, y después, cruzando a un lado las piernas, permanecer así unos instantes, hasta que tendió la zurda ayudando a subir y encaramarse a lo otra persona que le había seguido.

—Parece como si tuviéramos ratas por entre las piernas, capitán —decía Austin Barclay en aquel momento. Y por sus piernas, al ladearse, se adivinó que se disponía a inclinarse, para mirar debajo de la mesa.

Fue el instante en que el marino adelantó la diestra, haciendo chocar en la mandíbula de Barclay el remate del cargador. Repitió el golpe, y a la vez se deslizó, para surgir en pie.

—¡Langlen! ¿Por qué pegaste a este pobre muchacho? Es un pobre demente inofensivo, que me ayudó a huir.

Sobre el banco, Barclay, caído a su lado, mostraba la faz

ensangrentada. Estaba sin sentido.

—La situación es patética, padre e hija —intervino el llamado Langlen— pero tengo orden de conducirles cuanto antes al sitio debido. En cuanto a éste, mejor será...

—Bueno, capitán. Pero hemos de llevarlo con nosotros. Yo no quiero que luego me pidan responsabilidades, por haber dejado atrás, a un posible delator de sus pasos. Les espero abajo, y no pretendan huir, porque Ayrdal y Campbel están guardando la puerta.

—Dame unas cuerdas para atar a éste, Ayrdal. Parece que es un loco que escapó con el capitán. Y éste no quiere que lo despachemos. Ya decidirá el patrón.

Desde el rellano, Ayrdal arrojó un rollo de cuerdas. Permaneció en el umbral del sótano.

Langlen, con rapidez, procedió a atar las muñecas y tobillos de Barclay a sus espaldas. Lo dejó caer al suelo, y desapareció bajo la mesa, arrastrando consigo al prisionero, que se colocó sobre un hombro, cuando ya pisaba los barrotes de la escalera vertical. Antes de bajar, gritó:

—No. Ellos me han jurado que apenas entregue lo que quieren, podremos irnos, padre. No hay más recurso. Si lo hubieras revelado a la policía, te ahorcarían. Vamos, padre.

En silencio, ambos bajaron por la escalera vertical. Era como un pozo hondo. Los peldaños planos eran anchos, y el asidero de cada lado, facilitaba el descenso.

El suelo era de roca firme, al igual que la galería horizontal, que conducía a una plataforma rocosa al exterior de la base del acantilado en cuya cima se hallaba la abandonada posada.

Un ligera neblina esfumaba los contornos de la barca pesquera, de motor, en que se hallaba ya esperando Langlen, dentro de la cabina, junto al medio volante.

Tendido en cubierta, estaba Barclay, que iba recuperándose. Entró en la cabina Laird Duncan, seguido de Ayrdal. Éste indicó:

Ella obedeció. A popa, el llamado Campbel manejaba el torno, sacando el doble garfio de sujeción a la roca, de sus intersticios.

Petardeó el motor, y la barca se separó de la caleta, avanzando en línea recta hacia mar abierto.

—No podía dejarte solo, padre —replicó ella—. Cuando

entregues lo que ellos quieren, nos iremos a Francia. Yo gano bastante dinero, para que no te falte nada.

—Todo se arreglará, capitán. Estuvo usted muy testarudo, y el patrón se enojó al principio, Pero ya le ha pasado.

—Vosotros tres no sois de mi casta. Tú mismo, Langlen, estuviste algún tiempo a mis órdenes. En asunto como éste, no debiste consentir que mi hija se viera mezclada.

—No le pasará nada, capitán. Pero hay algo que no está claro. Cumpliendo como debía, y para salvarle la vida, su hija nos informó de que usted había huido con dos individuos.

—Era un detective. Me lo dijo, y quería tratar conmigo. Hice ver que estaba de acuerdo. Se marchó hacia Holbeich, y mientras tanto este muchacho y yo, escapamos.

—El detective, debía saber que usted fue recogido cerca de Holbeich, y se ve que quería traerle por los alrededores. En fin, ya decidirá el patrón.

La barca pesquera, como tantas otras, siguió su rumbo a poca distancia de la costa hacia el ancho estuario del Humber, al sur del condado de Yorkshire.

Recorrió a marcha normal que no podía llamar la atención, la breve distancia que separaba la Posada del Caimán, de una goleta de cabotaje que anclaba en uno de los entrantes del largo estuario del Humber.

CAPÍTULO VII

La goleta tenía en su centro una amplia cabina salón, en la que fueron introducidos los dos Duncan, escoltados por Ayrdal y Campbel.

Langlen arrojó al suelo de un sollado, a Barclay. En el sollado, había otro hombre cuyos tobillos y muñecas estaban aferrados en la barra de castigo, instrumento arcaico y en desuso, de la antigua marinería.

—Esta gente es timorata. No quieren matar sin saber a quién. Tanto gusto, amigo. Me llamo Sam Levin, y era periodista, hasta que me enredó un cerdo llamado Stuart Erskine, el que fue primer piloto de Laird Duncan. ¿Y usted, quién mil diablos es?

Austin Barclay rió complacido. Parecía estar muy contento, lo cual hizo que Sam Levin le mirase de reojo.

—¡Sopla! Usted es el tipo que pasaba por loco... o realmente lo está. ¿No ve que nos han puesto en pepitoria? Y se ríe como si estuviéramos tendidos en una hamaca, saboreando un helado de fresa, y contemplando el paisaje a bordo de un yate de lujo. Claro... le han dado en la cara, y se ve que le han descacharrado el seso. Trate de darse cuenta que nuestras dos pieles valen menos que pellejos de conejo... ¡No ría más, cáscaras!

* * *

En la cabina de la goleta entró un individuo alto, bien parecido. Vestía uniforme de piloto mercante. A su señal, salieron Ayrdal y Campbel.

—Vamos a poner las cosas en su punto, capitán. Cuando le dio a

usted el primer ataque, avisé a un médico. No sabía yo todavía la jugarreta que me había hecho. Después cuando huyó, escapándose de mi interrogatorio, le recogieron en mal estado, y le recluyeron. Pensé entonces que lo más conveniente era revelar la verdad a su hija. No importaba que ella y usted llevaran años sin tratarse. Una hija siempre es una hija. Ella accedió a ponerse en contacto con usted, y tratar de demostrarle que su testarudez le iba a costar la vida. Le convenció, al parecer, y no fue preciso que ella le proporcionara la huida. Se encargó de ello el «Intelligence». ¿Es que creía usted, acaso, que los dos que con usted escapaban del sanatorio, eran dementes? Por suerte el más peligroso, lo ha descartado. El otro, está a buen recaudo, con el periodista que vino a hacer indagaciones sobre la vida de usted y la mía. Un tal Sam Levin, ayudante de Silverton. Ahora ya está enterado. Y por suerte está aquí. Si tarda dos días más en presentarse, le hubiéramos denunciado al «Intelligence» y no escapaba usted de la horca, capitán. Desde la guerra, son muy severos con los delitos de espionaje.

—No suelte palabrotas, capitán. Yo hice lo que hice, pero usted se llevó el fruto de mi trabajo. Abreviemos. Las condiciones ya las sabe: su motovelero está ya en poder de la compañía naviera, al no haber pagado usted las hipotecas. En esta goleta, cuyos únicos tripulantes somos yo, Ayrdal, Langlen y Campbel, le llevaremos a la costa francesa. Como obtendré un buen precio por la venta de los prismáticos, usted recibirá una cantidad.

—De ti no puedo fiarme, Erskine. Un hombre que como tú, y a bordo de mi barco, hizo lo que hizo...

—Son las siete y media, capitán. Tendré paciencia hasta las ocho. Le dejo a solas con su hija, y no sea necio.

Abandonó el piloto la cabina. En el exterior, se acodó a la borda de entrada a tu pasarela. La neblina disminuía, siendo menos algodonoso. Pero el día estaba nublado, aunque iban descorriéndose las nubes hacia el sur.

La larga pasarela comunicaba con el embarcadero de troncos que se extendía sobre pilotes hasta la playa.

En la cabina, Laird Duncan, apenas hubo salido su antiguo piloto, enlazó por la cintura a su hija, y habló en voz baja:

—No corremos peligro, padre. A ellos sólo les interesan los

prismáticos. Después, nos dejarán libres. Yo he estado casi un mes, atormentada constantemente con el temor de que el «Intelligence», te capturase, o se cansara de esperar Erskine. Pasado mañana, ellos te habrían denunciado, padre. Iremos a Francia, y olvidarás. Tu enfermedad puede curarse.

—Yo sólo hablaré cuando estés tú fuera de peligro. Y quiero con mis ojos, ver cómo te desembarcan, estando conmigo ellos cuatro. Ésta es mi orden, Diana.

—Tú misma aseguras que no hay peligro para mí. Por lo tanto, irás a tierra. Llama a Erskine.

—Espero, señorita Duncan, que usted habrá ya convencido al capitán. Comprenda, capitán, que se nos escapó una vez, pero no lo logrará otra. Nos convino que estuviera en el manicomio, porque si llega a hablar, lo hubieran tomado por delirios. Pero ahora, ya he tenido bastante paciencia.

—Intentaste hacerme hablar una vez, y pegaste fuerte, y a traición. No hablé, ¿verdad? Pues si quieres que hable, suelta a mí hija. La quiero ver bajar a tierra, y vosotros cuatro.

—Mi padre lo exige así. Pero sépalo, piloto Erskine, yo he jurado guardar silencio, porque no quería que mi padre sufriera daño alguno. Si no se reúne conmigo en Le Havre antes de veinticuatro horas, yo le denunciaré a usted y a sus tres cómplices.

—A mí sólo me interesan los prismáticos. Vaya tranquila, señorita Duncan. Su padre estará con usted, esta misma noche... si está dispuesto a no ser terco.

Ella se perdió entre la neblina, por el embarcadero. Laird Duncan murmuró roncamente:

Los minutos eran largos, pero no se lo parecían a los cinco hombres. Por fin dijo Erskine:

Se dobló hacia delante Erskine, al recibir en el estómago el codazo que repentinamente le asestó Duncan, a la vez que de revés, con el brazo izquierdo, cruzaba la cara de Campbell en recio golpe.

Pero Langlen, tal vez, previniendo aquello, empuñaba su «Luger» por el cañón, y la culata chocó contra la rojiza nuca del escocés, que no cayó porque ya le estaba asiendo por un brazo, Ayrdal.

Lo llevaron a rastras, y cuando Duncan recuperó el sentido, se vio suspendido de las muñecas por dos cuerdas que pasaban por una polea colgando del tedio de la cámara anexa a la cabina-salón.

El barco se movía, cabeceando... Contra la puerta cerrada de la cámara, se reclinaba Ayrdal, brazos cruzados.

—Escucha, mulo testarudo. Irás al agua con una piedra al cuello, con Barclay y Levin, si vuelves a ponerme enojado.

—Ahora ya puedes despellejarme, idiota. Mi preocupación era saber que estaba en peligro Diana. Ella nunca debió venir. Pero ahora ya está lejos, y mañana os denunciará a todos. No disfrutaréis mucho tiempo de tranquilidad, traidores.

La ancha hoja negra restalló contra el pecho del escocés, que se arqueó hacia atrás, pretendiendo balancearse y empujar con los pies al que de nuevo le aplicó otro correa.

Junto a la puerta, Ayrdal tiró del remate de las dos cuerdas, y la polea chirrió, mientras quedaba en el aire, balanceándose, Duncan.

—¿Te creías que iba yo a ser tan estúpido como para dejar escapar a tu hija? Te dije que sólo estábamos los cuatro, para darte confianza. Pero había otro abajo esperando, en la orilla. Abre la puerta, Ayrdal.

En el cuarto peldaño de la escalera de la Posada Caimán.

* * *

—Esta gente me ha quitado la pistola, y lo que llevaba en los bolsillos. Pero me queda una cosa. Algo genial, que se le ocurrió al no menos genial Kirk Silverton. Y ahora, fe y esperanza, increíble.

* * *

Langlen en la cabina de mando, veía como emproando a favor del viento, la pequeña goleta a todo motor, seguía el camino que poco antes en sentido inverso recorriera la lancha.

Langlen, dominando el principio de mareo, se llevó la mano izquierda al sobaco. Un tercer disparo le taladró la mano, incrustándose en su hombro.

Campbel cayó de bruces sin sentido, mientras más resistente. Langlen tuvo aún tiempo de oír al que, con la pistola aun humeante en la diestra, decía:

—Me dieron tres medallas, por acertar veinte veces seguidas a

veinte moscas distintas, amigos.

Kirk Silverton avanzó, para mirar la esfera náutica. Señalaba rumbo sudoeste, y estaba ahorquillada la manilla.

Volvió a colocarse la «Wensson» en el cinto, donde una funda, bajo la americana abierta, ocupaba exactamente el centro, sobre su estómago.

Se arrodilló, y exhibió un arte especial, cuando, empleando las propias cazadoras de los dos heridos, los acomodó espaldas contra espalda, atando las mangas vacías.

Procedió después a unir entre sí por los cordones los zapatos izquierdos de los dos yacentes.

En pie, miró en rededor, y volvió a inclinarse, porque se acercaba desde popa Ayrdal, quien venía rezongando:

Empujó la puerta, y se contrajo con un segundo de retraso. Su sien sonó a hueco, pero su estómago a lleno. Los mismos dos puños que tan velozmente le machacaron, remataron ahora en su nuca.

Fueron ahora tres insensibles fuera de combate, los que entre sí, formaron un fardo monstruoso en confusa masa de piernas y bustos.

Kirk Silverton, de nuevo en pie, se dirigió a la puerta, que abrió. Al salir a cubierta, lanzó un grito inarticulado, sin sentido.

Pasaron unos instantes, y la cubierta siguió despejada. Repitió el grito, con más fuerza...

De la cabina central, asomó la cabeza de Stuart Erskine, que miró hacia el lugar de donde procedía aquel grito.

Pensaba que el grito podía ser el graznido de una gaviota. Asomó el busto, mirando ahora con repentino recelo hacia la cabina.

Sacando su «Luger», corrió en sentido opuesto a la cabina de mandos. Abrió la puerta, miró... y viendo en la barra a los dos prisioneros, pareció muy aliviado.

No obstante, al caminar hacia el centro, se adhería a los tabiques. Abrió otra puerta, viendo con agrado que Laird Duncan permanecía en el suelo, atado, y al otro lado, frente a él, Diana Duncan.

Ya no fue visible para Kirk Silverton, porque se encaminaba hacia la escalerilla que conducía a la cabina de mando.

Debía ver algo incomprensible en el rumbo que seguía la goleta, porque sin asomarse, gritó:

Silverton abandonó el refugio de los dos mazos de cáñamo embreado. Arrastrándose sobre los codos y rodillas, recordaba el excitante ejercicio, allá en los campos de guerra...

Viró a un costado, rodando sobre sí mismo, porque vio asomar una pistola... El disparo silbó agudo.

Saltó en pie, y a su vez disparó hacia abajo. Pero Erskine se protegió con los propios peldaños de la escalerilla.

Kirk Silverton empujó con el pie un amasijo de redes, cuyos corchos, al deslizarse, simulaban el roce de una pisada. Corrió hacia el lado opuesto.

Stuart Erskine empleó dos balas más. Y corrió a parapetarse tras una puerta. La alcanzaba ya, cuando en su pantorrilla izquierda un botón de fuego chisporroteó.

Lanzó una imprecación de dolor, pero arrodillado, permaneció tras la abierta puerta. Sudaba pese al fresco día, entre escalofríos. Kirk Silverton disparó contra la puerta, a sabiendas de que no daría en carne, pero fue el instante que aprovechó para saltar desde el único puente superior al techo de la estructura central de cabinas.

El ruido de su caída, hizo que, incorporándose, Erskine disparase frenético, hacia arriba, Kirk Silverton, al caer sobre la punta de los pies, se zambulló hacia el lado opuesto, y todo su entrenamiento en caídas, no le evitó quedar algo contuso al chocar de hombro contra la borda de babor.

Pero aun medio «groggy» sabía su rumbo, y corrió contorneando el cuerpo de cámaras, hasta que en la esquina de proa a estribor, asomó...

Arrodillado, Stuart Erskine se asía con las dos manos la pierna herida. En la derecha conservaba aún la «Luger» humeante, convencido de haber dado en blanco.

—Soy primer premio en salto y tiro, amigo... —avisó, con voz fuerte y avanzando, Silverton.

Giró sobre sí Erskine, alzando la diestra. Saltó hacia atrás, Lanzando otra imprecación gimiente, y su brazo derecho colgó inerte, destrozados dos dedos de la mano.

—Dejémoslo así, ¿quiere? Por lo que ha comprobado, no soy precisamente un amigo afectuoso.

La «Luger» estaba en el suelo entre los pies de Silverton y el cuerpo arrodillado y medio sentado, de Erskine, que la miró con

ojos vidriosos...

Adelantó la mano izquierda por el suelo en rápido gesto. Gimió, porque un tacón pisoteaba con fuerza el dorso de su zurda.

—Dejémoslo así, ¿quiere? —repitió Silverton. Y abatió el puño sobre el cráneo del herido, añadiendo—: Lo lamento, pero tengo prisa.

Se inclinó para recoger la «Luger», y arrastrar por el cuello de la chaqueta al desvanecido, hasta una borda, de la que colgaban cordajes.

Tardó un par de minutos en asegurar contra la borda y sentado, a Stuart Erskine, amarrándolo por el cuello y hombros.

Sólo entonces fue a mirar, abriendo la puerta que en segunda inspección había ojeado Erskine. Vio a Laird Duncan y a Diana, atados. Ella, amordazada.

—Os podéis soltar las piernas vosotros mismos. Por cierto, Barclay... Me parece que la goleta necesita alguien que entienda en ella, o vamos a ir a parar no sé dónde. Pero tú sabes algo de navegación, ¿no, Sammy?

—La actitud de una hija es perdonable, pero usted no va a ser tan ingrato conmigo, capitán. Me desagrada hacerlo constar, pero estaban ustedes dos en bastante mala posición.

Dejándose resbalar contra el tabique, se sentó en el suelo.

—Habla tú, Diana, y explícale lo sucedido. Yo renuncio, y confío en este hombre. No me entregará a la horca. Habla, Diana; te lo ordeno.

—Salgamos de aquí. Este sitio me horripila. Descansa, padre. Yo te juro que en Francia lo olvidarás todo.

—Prefiero ir al puente, si no hay recelo en usted. Silverton. No pienso escapar, porque ya estoy harto de todo eso.

Cansinamente salió Duncan, dirigiéndose hacia el puente alto. Diana Duncan se acodó en el pasamano de la borda, y a su lado, pero mirando hacia el centro, Silverton declaró:

—Yo he comprendido ya su dilema, Diana. Usted no podía revelar nada, porque temía por su padre.

—Así era. Y tiene ahora derecho a saberlo todo. Aquel hombre atado contra la borda, y que se sangra, es el piloto Stuart Erskine.

—Cuando yo recibí un telegrama firmado por Erskine, de que viniese porque mi padre estaba gravemente enfermo en un

sanatorio, nunca supuse que fuera tan trágico lo sucedido. Vine, y Erskine me esperaba en Dover. Lo que me contó, era increíble.

—Me dijo que mi padre había escondido unos prismáticos muy importantes para él, y que si no los devolvía o decía dónde estaban, lo denunciaría a «Intelligence», porque los prismáticos eran en realidad una máquina fotográfica de micrografía. Pero mi padre siempre ha sido un hombre honrado.

—Las fotos las hizo Erskine, que fingía mirar por los prismáticos hacia las Culbin Sands y en realidad fotografiaba las entradas de las bases subterráneas. Mi padre entró en sospechas, porque según me ha dicho, un marino ojeando no necesita graduar mucho tiempo, y en cambio Erskine enfocando los prismáticos, daba vueltas constantes al graduador, que en realidad era un disparador. Mi padre tenía hipotecado su barco. Cuando se apoderó de los prismáticos, no sabía aún su propósito. Los escondió en la «Posada del Caimán», un sitio donde antes se reunían los contrabandistas, y al que con frecuencia, iban él y Erskine... porque era allí donde les entregaba «hooch», el licor de contrabando, un amigo de ellos. Erskine le cogió cerca de Holbeich, y sólo entonces supo mi padre todo el valor de aquellos prismáticos, por los que según Erskine, pagarían muchos millones. Pero mi padre consiguió escapar... Después, ya lo sabe usted. Yo no podía negarme a lo que quería Erskine. Por eso fingí alucinaciones, para poder permanecer todo el día en el sanatorio, y tratar de convencer a mí padre.

—Erskine me dijo que es tan culpable el que espía, como su cómplice y que estimarían complicidad el acto de mi padre.

—Escuche, Diana: Su padre sufre ataques de «*delirium tremens*». Quedará pues, libre de toda culpabilidad, al igual que usted. Verán que usted estaba en poder de Erskine, y era además una hija atemorizada, Y declararé que el capitán Duncan arrepentido, y en un momento de lucidez, me facilitó la tarea, Tranquilícese. ¡Sammy! Avisa a Barclay que ponga, proa hacia el acantilado donde está la «Posada, del Caimán». Y que diga al capitán que ya todo está en orden. Ni él ni su hija sufrirán la menor molestia.

—Todo va bien, Stuart. En la posada, yo me cuidaré de Silverton. Te traeré su arma. Los otros dos confían en mí.

A unos diez metros vuelto de espaldas, Kirk Silverton, en la misma punta de proa, parecía un navegante explorador, oteando la

costa.

—Aquella es la posada, Kirk —dijo, señalando el minúsculo punto negro en lo alto de un acantilado—. No me ha explicado cómo pudo aparecer tan milagrosamente.

—La ciencia progresa que es un horror, Diana. En el antebrazo derecho, bajo su camisa, lleva Austin Barclay, un aparato idéntico a éste.

Kirk Silverton se arremangó las mangas de la americana y de la camisa. En el antebrazo había una ancha faja de cuero, en la que se incrustaban tres esferas, parecidas a las de reloj.

Una marcaba la Rosa de los Vientos con todos sus rumbos. La otra, tenía varios círculos de números, y la tercera, una serie de manecillas.

—Es un goniómetro de posición, sincronizado. Es decir, cada paso que daba Barclay, quedaba señalado aquí. Apenas llegué a Holbeich pedí un plano de la región en la comisaría rural. El sargento mal despierto, me miraba receloso.

La goleta fue poco a poco dando de babor hacia la plataforma del peñascal. No tardó mucho en inmovilizarse, echadas las anclas, y tendida una larga pasarela, saltaron a la plataforma ella y Silverton.

Abrió penetrando por la galería oscura. Encendió la linterna que le había dado Silverton, y rió agudamente, cuando se sintió enlazada, y los labios de Silverton la silenciaron, besando con fuerza:

Permaneció rígida... Algo no funcionaba normalmente... Volvía a abrazarla, el hombre que debería estar acribillado y muerto... pero que muy vivo, la estrujaba y besaba.

—A mí, sí, Barclay. Hágame el favor de recoger los prismáticos, porque supongo que ya le habrá dicho Laird Duncan, dónde están.

Ella se debatía ferozmente, tratando de pegar puntapiés, arañar, morder... Se quedó quieta.

—Lo siento. He tenido que darle un toque en el cuello. No me mire tan avinagrado, Barclay. Esta Diana no es Diana. Yo tengo una auxiliar muy buena, llamada Cinthya Cheynard, «manzanita» por apodo. ¿Se cree usted que gana el sueldo fácilmente? Ande, vaya a recoger los dichosos prismáticos.

Kirk Silverton llevó entre sus brazos a la que, desvanecida por el

experto y contundente golpe de canto en la garganta, había comprendido tardíamente que el cargador no tenía balas. Había sido la última broma de Kirk Silverton, el extraño humorista.

* * *

—Desde un principio no me gustó la supuesta Diana. Podía parecer una hija atribulada, pero había fallos. Cinthya se cercioró de un modo sencillo. En conferencia telefónica con París, adquirió de un colega nuestro, datos importantes. La verdadera Diana estaba lejos, en el Canadá, haciendo fotografías de paisajes. Esta Myrna Glencoe, era un componente más de la banda.

—Myrna Glencoe era una de las tantas escocesas que bailan por los *cabarets* de París. Hacía ya cinco años que Laird Duncan no veía a su hija. Y Stuart Erskine cierta vez, vio a una escocesa muy semejante a la hija de Laird. Cuando ocurrió lo de los prismáticos, recordó a la Myrna tan parecida a Diana, y así fue como la buscó, por información de agencias artísticas, hasta dar con ella. La convenció fácilmente, ofreciéndole montañas de billetes. Que ahora serán montañas de rejas. Erskine irá a la horca, porque mató a Carver, el enlace. Y creo que poco les faltará para lo mismo a Campbel y Ayrdal por la muerte de Violet Somers, la última cómplice. Lo curioso, es que llegué a sospechar de Lord Arbuckle. Por suerte no lo sabrá, o me despreciaría hondamente. Bien, espero que la próxima vez se las sabrán arreglar solitos, ¿no? Adiós.

—Claro que logró dar con Erskine, pero su aspecto era tan inocente, que aceptó beber un copazo con él, y cuando desperté... Bueno, fue humillante y catastrófico.

—Me gustan los casos que terminan con una boda. Oye, Sammy: vete a ver si estoy en el

«Regent's

». Iremos después a cenar juntos.

El periodista, pensando en alguna nueva pesquisa, se marchó. A solas con su secretaria, manifestó Silverton:

—Hace cinco años seguidos que te tengo delante, con pequeños intervalos de ausencia, y cada vez que estás lejos, te echo mucho de menos. Eres de las que inspiran deseos de correr a un rincón solitario, y entonar himnos de alegría, y jurar ser siempre bueno,

porque eres toda honradez y rectitud, manzanita.

—Se le pasará, jefe. Ahora es que acaba de conocer a Violet y la falsa Diana. Se le pasará, jefe. Recuerde que ya otras veces se puso tierno conmigo...

—Pero ¡ahora es mi corazón el que habla, manzanita! Serás la esposa ideal, la mejor de las compañeras... ¿Es que quieres que el caso del caimán triste termine sin boda?

Ella no contestó. Fuera o no pasajera la emoción de Kirk Silverton, lo cierto es que estaba entre sus brazos, y besaba de un modo tan enloquecedor que era preferible no pensar en nada.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.